

RODEAR LA TIERRA
(Y ANDAR POR ELLA)

CONCURSO DEL LIBRO SONORENSE 2020
GÉNERO CRÓNICA

Rodear la tierra (y andar por ella)

© Carlos Mal

CONCURSO DEL LIBRO SONORENSE 2020

Género: Crónica

Gobierno del Estado de Sonora

Alfonso Durazo Montaña

GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE SONORA

Aarón Grageda Bustamante

SECRETARIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Guadalupe Beatriz Aldaco Encinas

DIRECTORA GENERAL DEL INSTITUTO SONORENSE DE CULTURA

Alba Lorena Enríquez Nevárez

JEFA DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA Y BIBLIOTECAS
DEL INSTITUTO SONORENSE DE CULTURA

Gabriela Soto Soto

RESPONSABLE EDITORIAL DEL INSTITUTO SONORENSE DE CULTURA

Secretaría de Cultura

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA GENERAL

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Primera edición, agosto 2022

ISBN: 978-607-9499-77-8

© D.R. Instituto Sonorense de Cultura

Av. Obregón 58, Colonia Centro

Hermosillo Sonora, México, C.P. 83000

literatura@isc.gob.mx



ISBN: 978-607-8827-21-3

© Typotaller Ediciones

Barra de Navidad 76-C

Guadalajara / México / 44110

typotaller.com

ILUSTRACIONES DE PORTADA E INTERIORES

© Carlos Mal

FOTOGRAFÍA DE CONTRAPORTADA

© Susana Haro

IMPRESO EN MÉXICO

Queda prohibida su reproducción por cualquier medio, todo
o en parte, sin la autorización escrita del titular de esta edición.

RODEAR LA TIERRA (Y ANDAR POR ELLA)

Carlos Mal



GOBIERNO
de SONORA
SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN
Y CULTURA



INSTITUTO
SONORENSE
DE CULTURA



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

typotaller

*Dedico este libro a mi mamá, Hilda Zamora,
y a mi papá, Ricardo Pacheco.*

*Gracias por guiar con la luz del amor los
primeros pasos de este largo recorrido. Ha sido
un buen viaje, y es, en gran medida, gracias
a ustedes dos. Los amo.*

PRÓLOGO

Las breves y sustanciosas crónicas en las que está a punto de adentrarse el estimado lector o lectora, o lectora, parten de una construcción muy bien planeada: la del periodismo gonzo. Y es que Carlos Mal conoció de primera mano las prácticas específicas de este estilo cuando conoció a los discípulos de Hunter S. Thompson, los estudiantes de Artes en la Universidad de Phoenix, el célebre John Meyer (no John Meyer Wilkinson) y el notable Spencer J. James. Imagino las mismas escenas que tuvieron lugar a los finales de los noventa, cuando el Club Chufa inició sus operaciones en esta capital del desértico estado de Sonora, Hermosillo, un movimiento literario inédito en este lado de la república, en el que se realizaban reuniones clandestinas nocturnas en una suerte



«HUGO “FUGO” MEDINA».

de *Fight Club* pero, a diferencia de este, para escribir poesía y cuento en lugares bizarros: construcciones abandonadas en las colonias más marginales, escuelas vandalizadas, el último piso de la Torre de Hermosillo, el estacionamiento subterráneo del Soriana Morelos, entre otros. No fueron pocos los episodios en los que la policía terminó aquellas sesiones pensando en nosotros como vagabundos mariguanizados bajo el influjo de ideales propios

de una secta satánica. Así se reclutaron los numerosos adeptos orgullosos de esta escuela artística.

Estoy convencido de que Mal entró en contacto con la praxis *gonzo* allá en Tucson, en cortos viajes relámpagos a Phoenix para reunirse con los bonzos de *Hunter X Hunter*. Lo digo con certeza porque las crónicas de Mal están empanizadas con la personalidad de su autor, con la subjetividad que suponen, más allá del falso tema principal de cada pieza de este libro, las llamativas descripciones de los entornos salpicadas de humorísticas glosas *pop* y culturales, de los pensamientos más mezquinos, pero también refinados, del cofundador del Club Chufa mexicano para esculpir la perspectiva de cada crónica a través de su «yo» zen y erudito. Esto lo logra con creces y da por resultado una lectura divertida y cínica, crítica y sofisticada, de corto aliento, pero de larga y entretenida reflexión. Es como si le permitieran a Tarantino, con plena libertad creativa, re-filmar *Jurassic Park*.

La crónica de Mal tiene un sello personalísimo que no proviene únicamente de la práctica de lo *gonzo*, sino de la sabiduría cosechada a lo largo de largos años de viajes, lecturas, escritura y amistades, fortuitas o duraderas, fugaces y misteriosas. Por ello, en cada crónica el autor prueba con la mezcla de estilos y géneros, desde la burla más directa hasta la mofa más velada, desde el haikú hasta el ensayo anacrónico de tesista de licenciatura, desde el reportaje de sociales hasta la crítica literaria al estilo *Letras Libres*.

Por otro lado, a pesar de que Mal reafirma su condición de paria literario, es de reconocerse que el interés de este conjunto de textos se encuentra también fundado en el cosmopolitismo que entraña: así es, desde una calle sin pavimentar en las Lomas de Madrid de Hermsillo, Sonora, pasando por Tucson, Californication y Nueva York, hasta Calcuta y París. Nuestro escritor es capaz de amalgamar los temas más diversos desde su testimonio (¿fidedigno?) y despertar diversos sentimientos, generalmente

de repulsión: todo ello para llevarnos a una meditación renovada sobre lo que ocurre a nuestro alrededor. Así es: Monsiváis, el dalái lama, Carlos Fuentes, un tío apostador en plena gala de los Óscar, un tierno e imposible okapi espiritualizado, sicarios estúpidos, los fariseos de la ceremonia yaqui, un artista incomprendido de Sinaloa en el museo Musas de Hermosillo, una frustrada contemplación zen en un bosque de París, Central Park y la búsqueda turística de Paul Auster, entre otros parajes y personajes, temas y demás adjetivos inverosímiles pueblan el presente tomo de crónicas de Mal.

Finalmente, pecaría de una timidez insensata si dejo de hacerle saber a la audiencia que Carlos Mal fue noticia nacional, pues hubo algunos días en que las fotografías de su blog personal de viajes aparecieron en los televisores

de cada hogar mexicano, y su hallazgo resonó en la voz dramatizada del gurú reportero López-Dóriga y debajo del bigote de Javier Alatorre, en la radio y en los periódicos más importantes de todo el país: fue el primero y el único (y por accidente) en revelarnos la lápida que esculpían en tiempo real en el cementerio de Montparnasse para don Carlos Fuentes, el *final stage* donde descansarían los restos de, en aquel entonces, el más importante intelectual mexicano vivo. Es injusto que ese año ni siquiera lo nominaran al Premio Nacional de Periodismo ni algún premio alternativo en la vigente MTV. Pero la anécdota accidental vale por sí misma y pone en claro que la crónica se ha encontrado por fortuna y mala leche con este artista enojado de Hermosillo.

HUGO MEDINA

INTRODUCCIÓN

Y dijo Jehová a Satán: «¿De dónde vienes?». Y respondiendo Satán a Jehová, dijo: «De rodear la tierra, y de andar por ella».

—Job 1:7

¿Para qué se marcha uno? Para regresar [...] Volver al punto de partida no es lo mismo que jamás haberse ido.

—Terry Pratchett

AMABLE LECTOR,
AMABLE LECTORA:

Si antes de recoger amablemente este libro ya sabían quién soy, y si ya han leído mis insulsos escritos, es porque sin duda existe un enlace entre mi forma de ver el mundo y la de ustedes. Esto quiere decir que probablemente pertenecemos a un estrato social similar, tenemos un nivel educativo comparable y probablemente somos todos guapos y bien dotados en nuestros menesteres entrepernilés. Es por esto que creo que mis andanzas por este mundo horroroso pertenecen al reino



«CARLOS MAL EN 2010».

de lo verosímil, al de lo que ustedes, mis coetáneos, pueden creer que efectivamente ocurrió. Por eso les pido que crean lo que lean en este tomito. Este es un libro sobre dos cosas: viajes y periodismo. Viajes estúpidos y periodismo gonzo. Y es

que lo quiero dejar por escrito para que se lea y se diga en voz alta en los ecos lúgubres dentro de nuestras cabezas habitadas por los fantasmas del futuro: Carlos Mal fue el primer periodista gonzo de Sonora. El Club Chufa, del cual soy líder, introdujo el periodismo gonzo a nuestro lúgubre estado.

Y en cuanto a los viajes, qué puedo decir: casi todos han sido o por accidente o a pesar de mi gusto: nunca he sido (ni seré) rico ni he tenido propensión natural a viajar o a conocer gente, pero he estado en muchos más lugares de los que mis características contextuales, genéticas, socioculturales y anímicas me debieron haber permitido. Si son, como yo, criaturas del páramo, hijos del mestizaje y herederos de la Raza de Bronce, tal vez piensen que París, la India, Bélgica, Nueva York y Austria están en un reino fantástico lejos del alcance de los desdichados aridoamericanos, pero, nenas: yo estuve allí. Yo lxs puedo llevar. Con el poder de la imaginación y con estos bíceps bien formados.

No malinterpreten este libro: mi interés no es ser un agente de viajes ni que vean cómo soy un espíritu libre e indomable que no cesa de aprender con cada travesía internacional. Para nada. Yo, personalmente, no entiendo por qué la gente se obstina en querer viajar. Conocer gente, lugares nuevos y experimentar el mundo es muy bueno y muy satisfactorio, pero creo que la experiencia del viaje debería ser accidental, o parte de una aventura o empresa más grande y menos estúpida que el solo *viajar por viajar*, cosa que me parece la corona degradada de la más ociosa sofisticación de la conciencia humana. Y cosa de ricos. Y, como todos sabemos, o deberíamos saber, ser rico es inmoral.

Pero qué le vamos a hacer; aquí tienen ante sus ojos un libro de viajes. Eso sí, quiero que esto quede claro:

Los viajes sirven para una cosa: para aprender a odiar el mundo con fundamentos.

CARLOS MAL

Rodear la Tierra (y andar por ella)

CRÓNICA I.— «CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA».

(PARÍS, 2011)

[...] la muerte es el tiempo sin horas. Tendré más gloria que la de imaginar que mi muerte es singular, solo para mí, butaca preferente en el gran teatro de la eternidad.

—Carlos Fuentes



veces hay ventajas en ser miserable. Comprendamos que no tener dinero en París es ridículo: nada más transportarse cuesta al mes el equivalente de un sueldo más o menos decente en México, y lo más barato en el supermercado son unas frituras chinas de ochenta centavos con sabor a camarón que son más aire que comida.

Ayer me quedé con tan poco dinero, que me vi en la penosa situación de decidir si quería comprar comida o comprar cigarros. Todavía no soy ni tan bohemio ni tan mezquino, así que me decidí por la comida. Mis pasos bajo los árboles del bulevar Raspail me llevaron por

casualidad a las puertas del cementerio de Montparnasse. Dije por qué no. Vamos a poblar mis álbumes de Facebook con más pinchis clichés de París. «Miren, la tumba de Sartre, la tumba de Porfirio Díaz». Vamos a poblar los resultados de Google con más fotos amateurs de las mismas pinchis tumbas en los mismos ángulos. Por qué no, ya estoy aquí.

Pero no contaba con que la gente deja cigarros en las tumbas.

La tumba de Jean-Paul Sartre y Simon de Beauvoir estaba sembrada de besos, cartas, piedras, flores y cigarros, deliciosos Lucky Strikes frescos y listos para la acción.



«MIS PASOS BAJO LOS ÁRBOLES DEL BULEVAR RASPAIL...».

Quiero dejar claro que no soy un asaltante de tumbas sin escrúpulos, y que, aunque planeaba robar un montón de cigarros esa tarde, al menos a ellos les dejaría el pago simbólico de una moneda de veinte centavos. Un precio justo.

El Lucky Strike que tomé de la tumba de Sartre-Beauvoir me supo más delicioso que un cigarrillo normal. Después me dije «tal vez los cigarros del saqueador de tumbas son mejores que los comprados en las tiendas». Y me fui en busca de las tumbas más visitadas y famosas, que es donde, lógicamente,

encontraría más cigarros, porque la gente es muy estúpida y cree que a los muertos les gusta fumar o algo así. Encontré la tumba de don Porfirio Díaz, el dictador favorito de los mexicanos y cuál fue mi sorpresa al encontrar un Marlboro rojo empotrado en la ventana.

Véngase pacá, mijo.

¿Qué creían, que a Porfirio también le iba a dejar dinero? Váyase al culo, don Porfirio: ladrón que roba a ladrón... Agarré el cigarro sin remordimientos y me lo puse detrás de la oreja. A Baudelaire no tuve el corazón de robarle nada, ni un

cigarro ni una flor. Pobre miserable. Simplemente me pareció muy triste verlo enterrado con su padre y con su familia. Baudelaire odiaba a su familia.

Las tumbas de Julio Cortázar y de César Vallejo me dieron la oportunidad de hacer un poco de grafiti semilegal. En ambas tumbas —sembradas de deliciosos cigarrillos gratis— la gente escribía las mismas chingaderas cursis: «Gracias por el fuego», «El zen es un río metafísico», «¿Encontraré a la Maga?», y esas cosas, así que escribí la mejor frase que se me ocurrió: mi propio cabrón nombre, *prros*. Con cigarrillos malhabidos en mi posesión y después de un poco de vandalismo egocéntrico, me paseé sin rumbo, pues comenzaban a llegar los gordos turistas que respiran por la boca. Al menos tuve la decencia de poner una piedra negra sobre una piedra blanca en la tumba de César Vallejo. Quien entendió entendió.

Convencido de que llegaría al apartamento a escribir sobre mi robo de cigarrillos, tomé unas cuantas fotos antes. Mientras

buscaba un fondo genial para mis autorretratos vanidosos, cuál sería mi sorpresa al ver a un sujeto en pleno acto de inscribir sobre una lápida el nombre fresco de una persona. Me pareció fabuloso, pues nunca había visto que eso sucediera; quise documentarlo. Me encaminé hacia él, listo para pedirle permiso para tomarle una foto mientras hacía su trabajo, cuando el nombre en la lápida me dejó frío.

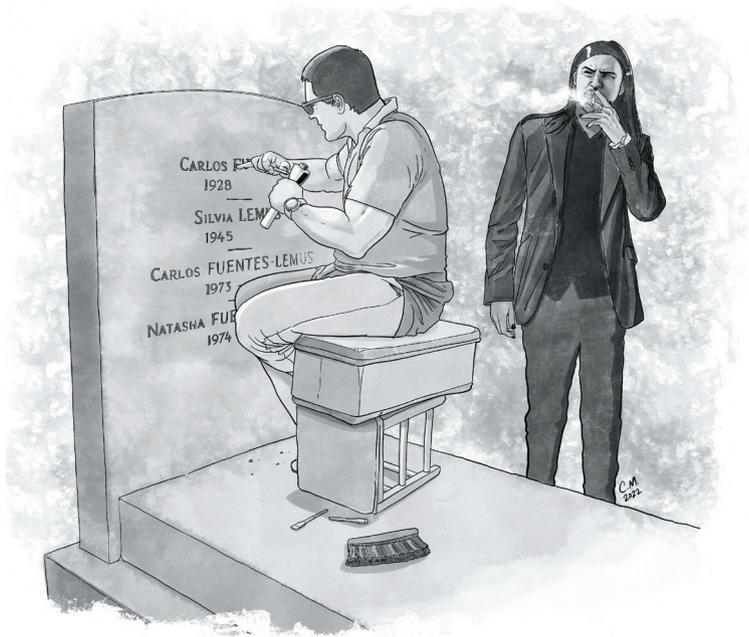
Así es. El nueve de julio de 2011 me encontré la tumba de Carlos Fuentes en Montparnasse.

Traté de recordar si había leído en las noticias de la mañana algo sobre la muerte de Carlos Fuentes. Le pregunté al escultor de lápidas en el mejor francés que pude convocar:

«Disculpe, *monsieur*, ¿sabe si este Carlos Fuentes es un escritor mexicano?».

El hombre dejó de cincelar por unos instantes. «No sé, es un embajador», respondió en un francés límpido.

Después leí los otros nombres en la lápida: «Silvia Lemus», «Carlos Fuentes-Lemus»,



«DISCULPE, MONSIEUR, ¿SABE SI ESTE CARLOS FUENTES ES UN ESCRITOR MEXICANO?»

«Natasha Fuentes-Lemus». Si la memoria no me fallaba, Silvia Lemus tampoco había muerto recientemente. Así que le pregunté al artista:

«¿Sabe si Carlos Fuentes murió?».

«No, no se ha muerto».

Entonces comprendí. Carlos Fuentes, anciano y ajado, había utilizado su turbio dinero para preparar su tumba: con la muerte respirándole en la

nuca, decidió que el fin no lo sorprendería sin una lápida con su nombre y sin un hueco listo en el suelo para recibirlo en las entrañas del Orco. Y ahí estaba yo, Carlos Mal, parado frente a la futura tumba de Carlos Fuentes.

Chingón.

Carlos Fuentes moriría un año más tarde, en mayo de 2012. Cuando los medios de comunicación de México

leyeron una versión primitiva de esta crónica, la imprimieron en todos los periódicos (¡todos!) del país y por un día fui el rey del mundo. Como un zopilote lleno de parásitos, estaba hinchado de egolatría y de orgullo, nunca ajeno a la

incomodidad de saber que mi fama provenía de la muerte de un grande de la literatura, de un hombre brillante querido por muchos. Sin embargo, mi fama no era glamorosa y fastuosa: los periódicos repitieron *ad nauseam* el siguiente encabezado:

«MISERABLE ARTISTA HAMBRIENTO
BUSCABA COMIDA EN UN PANTEÓN
DE PARÍS Y ENCONTRÓ LA TUMBA
DE CARLOS FUENTES».

Así es, lector. No pocos tuvieron la impresión de que me metí al cementerio de Montparnasse a abrir tumbas y comerme a los muertos, como si fuera yo uno de los sitiados tras las murallas de Maguncia. Como si se tratara de un deseo pedido a la mano de mono del cuento de W. W. Jacobs, mi fama me costó la

fama de caníbal de carroña y de gusanos.

Entonces, si han escuchado de mí, aquí estoy para poner las cosas claras. Mi nombre es Carlos Mal, no comí carne muerta esa tarde en Montparnasse y la mayoría de los cigarrillos que me robé perteneció a gente reprobable. Déjenme en paz. ♣

Rodear la Tierra (y andar por ella)
CRÓNICA II.— «UN DÍA CON MONSIVÁIS».

(TUCSON, ARIZONA, 2007)

*La parodia de una parodia da como resultado una
abstracción: el eterno retorno al punto de partida.*

—Carlos Monsiváis



Un miércoles 13 de diciembre de hace como mil millones de años estaba enredado en un ensayo sobre una novela cubana cuando mi editor me llamó desde México para decirme que la Universidad de Arizona le daría a Carlos Monsiváis un doctorado *honoris causa* y que el periódico quería que yo lo entrevistara. Así nomás, como si nada.

Ya muchos periodistas que ejercen el periodismo me han dicho, greñudos y enojados, que no por ser muy leído y atrevido puedo ser periodista. Pero a mí me gusta responder que me importa un pito empanizado. Que puedo ser un jodido contador público o abogado si me lo propongo, que la realidad es

transitoria y nada importa porque todos estamos marcados por la caducidad de la carne. Me gusta cuando un mecánico de refrigeradores o una cajera de supermercado dicen «Escribí una novela épica o un poemario erótico en mis tiempos libres» y los escritores de academia se rasgan los sayones y se embadurnan de ceniza las sienes entre lágrimas y mocos de dolor. Me gusta cuando los periodistas se encabronan porque tomo sus títulos y me los pongo como si me pusiera un bigote de utilería.

Así que, después de leer la entrevista de 1937 de Lothian y Conwell con Hitler y la de Poniatowska con Monsiváis, entré en calor y me preparé para irme sin una mísera hora

de sueño y sin un gramo de sustento alimenticio al hotel donde llegaría Monsiváis con un par de profesores que lo cosecharían del aeropuerto.

Parte de ser novato en esto de entrevistar y de ser periodista improvisado es suponer que todo saldrá como uno piensa. Me imaginé que la entrevista sería como las pocas otras que he hecho, un lío de mentiras y de improvisaciones afortunadas; pero, mientras me acercaba a la figura de un Carlos Monsiváis concentrado en su desayuno, pensé: «Me carga la recochina chingada: él no necesita ser entrevistado».

Y es que mis otros entrevistados han sido artistas del hambre, dementes y petimetres. Me di cuenta, ya a pocos metros, que él ya habría contestado, qué sé yo, dos millones de entrevistas, y que ni deseaba

ni necesitaba la fama, la fortuna o la legitimidad que mi entrevista no le daría.

Pero de alguna forma tengo que compensar que soy feo y me apesanta el aliento: a veces tengo ideas buenas. Me dije que sería mejor que él me entrevistara a mí, y así tendría yo, un escritor ignorado, una entrevista nada menos que con el gran Monsiváis, gurú de la intelectualidad liberal mexicana.

Décadas y más décadas de experiencia periodística apiladas una sobre la otra como un sándwich de los que sale, se ven en los dibujos animados no tardaron en aparecer en el hombre que recibiría ese mismo jueves un doctorado *honoris causa* por parte de la Universidad de Arizona.

No solo comencé con el pie izquierdo, sino con el pie izquierdo atorado



«EL GRAN MONSIVÁIS,
GURÚ DE LA
INTELECTUALIDAD
LIBERAL MEXICANA».

en una trampa de oso con sus dientes untados de veneno explosivo. Para romper el hielo empezamos a hablar de películas y, en este tópico, sugerí que me gustó más Jeremy Irons que James Mason como Humbert en *Lolita*. Y también confesé que me aburrí *Gone with the Wind*.

Le dije que la mía es la «generación cápsula», que necesitamos conocimiento rápido y fugaz, como un videoclip o una lista de datos, una visita a Wikipedia o un resumen ilustrado de *Don Quijote*. Quería que la entrevista fuera antagónica y atroz y sabía que él podría hacer de nuestro desencuentro algo interesante.



«EN REALIDAD, NOS DIVERTIMOS JUNTOS, COMO SI FUÉRAMOS AMIGOS».

Después de reponerse de mis fallos heréticos, él adivinó que me gustaba la literatura del Siglo de Oro e hizo gala de su famosa buena memoria: recitó pasajes de poemas de Quevedo, Juan Ruiz y del *Mío Cid* para luego desbordarse y seguir con Vallejo y Neruda. Pronto

convertimos esto en un juego en el que él decía el verso y yo debía adivinar de quién era. En realidad, nos divertimos juntos, como si fuéramos amigos.

Monsiváis me preguntó sobre el gobernador de mi estado-hogar, en México, y le dije que a mis obtusos compatriotas

parecía gustarles mucho. Antes de terminar el sonido de la o en «mucho» él agregó «Es un imbécil...» y en los rostros de los profesores que nos acompañaban en el desayuno apareció por primera vez —en una serie de muchas más veces— un gesto de compasión hacia mí porque creían que yo amaba a mi estado.

Los profesores Gutiérrez y Durán veían nerviosamente mi libreta cerrada y mi pluma quieta; «*si este wey está haciendo una entrevista, por qué no está tomando notas, qué demonios*», seguramente pensaban, pues les había prometido darles esa entrevista también a ellos para que la publicaran en el periódico de la universidad. Las horas pasaban sin que la entrevista comenzara formalmente y se acercaba la hora de una visita infaltable que Monsiváis quería hacer a una librería famosa de Tucson. Cuando se levantó para irse, yo ya había armado en mi cabeza la entrevista falsa que le enviaría a mi editor y que jamás se publicaría en *The Daily Wildcat*.

Monsiváis me invitó con él a la librería. Allí no hablamos. Se nos perdió entre los libros. Le tomé algunas fotos. Cuando salimos era casi hora de empezar su conferencia. «Vamos a la librería de la universidad», dijo, y confirmé que debía olvidarme de una entrevista real. También fui con él a esta otra librería, donde me dejaron solo con él.

«Mr. Monsiváis, creo que ahora sí le voy a hacer esa entrevista», le dije, y él accedió, no sin dejar de ver y ojear libros. Comencé con su doctorado *honoris causa*; le pregunté si lo veía venir, o qué importancia tenía, por qué nunca una universidad estadounidense le había dado esa consideración: me contestó que no pensaba mucho en los honores: «Si uno se pasa pensando en los honores está perdido». Se movió durante toda la entrevista (no: durante todo el día) en una órbita definida por los polos de la humildad y la socarronería.

Me aseguré que el mismo trabajo es la recompensa.

«¿Cuál es su trabajo?», me preguntó; «Mitad periodismo, mitad literatura». «Muy pocas personas pueden vivir de la literatura», respondió. De inmediato, como escritor frustrado y de un pueblo de vacas flacas le pregunté sobre los escritores de provincia. ¿Tienen esperanza a sus ojos?

Como me lo temí, no. «Provincia seguirá siendo provincia mientras la concentración de oportunidades esté en las capitales». Agregó que esta situación se parece al caso más amplio de la industria editorial: «Si una obra latinoamericana no pasa por una editorial española, no es global».

Me negaba a creer que había una mente colectiva malvada tras la marginalización de la cultura en las provincias, pero Monsiváis me dijo con una sonrisa macabra: «Todos los monopolios son conscientes».

Su diálogo/conferencia en el Departamento de Español y Portugués comenzó minutos después. Allí habló por dos horas sobre la globalización de la cultura, las estrategias de legitimación de unas culturas

sobre otras y la relación entre Estado y la cultura. Me quedé dormido un par de veces.

Los asistentes, alrededor de cuarenta, intervenían en cualquier momento con preguntas tan sobadas y cansadas como: «¿Algún día serán sustituidos los libros por robots?». Monsiváis contestó, de buena laya: «Prefiero no pensar en eso» y todos reímos por su tono achabacanado. Yo había pasado todo el día con Monsiváis y estaba cansado. Llegó un momento de su plática en el que me dormí, y espero que él no lo haya notado.

Poco antes de su discurso de aceptación del *honoris causa* nos habíamos sentado en un café él y yo. Hablamos de religión. No podía creer que yo creyera en cosas como la Ascensión, la Asunción y las apariciones sexis de las Vírgenes. En realidad no creía, pero quería joder con su mente.

Siguió su entrevista hacia mí. Me preguntó qué tenía yo a mi favor para estar siempre tan contento. Había notado que siempre estuve sonriendo. No supe qué contestar, no sé

por qué la gente insiste en que siempre parezco estar contento, cuando en verdad siempre estoy enojado, asustado o triste, y la sonrisa me sale como una máscara de burla porque todos los días y en cada instante de vigilia estoy entretenido por el festival, por el carnaval obscuro de la estupidez



«EL MUNDO SE PIERDE DE MUCHO SOBRE MÍ...».

de todos ustedes, por las cosas que hacen, por las cosas que dicen y por las cosas estúpidas en las que creen. Si sonrío aún ahora mientras leo y leen esto, es por eso y porque los odio a todos, no porque esté feliz.

Cuando Monsiváis me preguntó qué tanto de mi vida la dedicaba al sexo, llegó el doctor Durán para terminar para siempre nuestras mutuas entrevistas. Cuando se lo llevó, me quedé con el dedo erguido y en mi gesto una frase de protesta: «Pero... pero... ¡ya íbamos a hablar de sexo...!».

Tácitamente, con la mirada, mientras cruzaba el umbral del café, le di a entender que estaría encantado, en alguna otra ocasión, de seguir la entrevista. El mundo se pierde de mucho sobre mí, y creo que Carlos Monsiváis sería la persona indicada para escribir sobre mi subestimada persona. Esperaré para la próxima vez. Aquí está mi tarjeta, llámeme cuando se dé una vuelta por Arizona, maestro. Y no se me vaya a morir muy pronto.

Actualización de 2010: sí se murió. 🐾

Rodear la Tierra (y andar por ella)

CRÓNICA III.— «CRÓNICA DE LAS

FIESTAS DEL PITIC 2008».

(HERMOSILLO, 2008)

Le Pitic, ou Hermosillo, est une charmante ville fermée de murailles et entourée de jardins maraichers d'un produit assez important.

—Gustave Aimard, *La Grande Flibuste* (1860).

Esta es la última crónica que escribí para el suplemento dominical «Perfiles» del periódico El Imparcial. Menos de un año después, el suplemento desaparecería.



Muchas veces, como portador del arma de fuego que se llama palabra, recuerdo la inmortal lección del hombre araña sobre la gran responsabilidad que implica tener un gran poder. Como colaborador de «Perfiles» por diez años he tenido que escoger, muchas veces, cómo dirigirme a ustedes, queridas lectoras, sin lastimar sensibilidades delicadas de una sociedad tan ferozmente burguesa como la de esta, nuestra malhadada tierra natal. Pero me estoy cansando. El vehículo

que me ha acogido para darme la oportunidad de la expresión artística es un suplemento dominical sobre cultura, artes y esas cosas bonitas que nos hacen olvidar que el mundo es un vampiro. De hecho, para la mayoría de ustedes, el arte y la cultura son un fármaco o una decoración para olvidar la miseria de alrededor o la inmoralidad de ignorarla.

Iba a escribir sobre el hecho de que las Fiestas del Pitic son un acto de simulación burguesa, un acto de clasismo y exclusión de los marginados, pero

ese tipo de cosas no se escriben en este periódico, y, repito, esto me empieza a cansar.

Cuando digo «las Fiestas del Pitic», lector de allende el mar, lectora de siglos futuros, me refiero a un festival de eventos



«EL QUE ESCRIBIÓ ESO ERA UN “YO” JOVEN Y DESLUMBRADO...».

culturales y de entretenimiento que el gobierno de la peor ciudad del mundo organiza por un par de días al año para que los tristes habitantes del hoyo en el infierno que se llama Hermosillo (Pitic para los amigos) olviden que en esta ciudad olvidada de Dios solo hay dos temporadas (el verano largo y el verano con navidad) y solo hay dos sentimientos posibles (racismo y el terror constante a que se acabe el agua).

Hace algunos años, cuando las Fiestas del Pitic comenzaron, fui a cubrir de manera periodística los eventos de mayor repercusión: las pinturas faciales con bélicos mensajes subliminales en la oscura lengua de los comcaac, los policías a caballo, que eran en verdad actores contratados, y la obra de teatro sin actores que solo yo vi. Pero el que escribió eso era un yo joven y deslumbrado porque por fin traían a Hermosillo un festival que no era sobre testículos de toro y cerveza. Tristemente descubrí desde los primeros años que era un festival sobre el jazz más insípido, las celebridades más

apagadas y los artistas más inconsecuentes, aquellos que tal vez no sospechaban que los iban a meter a las entrañas del más cruel desierto en el cénit del verano.

Pero vaya, de esas cosas no se escribe. Imaginen que nos quitaran las Fiestas del Pitic. Nos quedaría la Feria del Libro, ocasión en la que los vampiros de las editoriales quieren vendernos *Harry Potter* en 500 pesos; nos quedaría el ouróboros aburrido de las Horas de Junio y el salvaje matadero de la ExpoGan, que es, simplemente, inenarrable.

Así que no escribiré nada de lo que me pueda arrepentir. Sería como si algún día escribiera que para hacer metanfetaminas (*crystal meth*) solo hay que seguir unos cuantos pasos fáciles, y después describirlos. Sería muy imbécil si les dijera que se puede fabricar un chingazo de 100 gramos de desoxiefedrina poniendo en una botella de plástico de dos litros 25 gotas de yodo y 100 mililitros de jarabe para la tos (con efedrina o pseudoefedrina, si no, no funciona) y un

litro de agua oxigenada con un tubo transparente sellado con cinta en la boca de la botella. Pecaría de necio si dijera que después se le quitan las cabezas a entre tres y cuatro cajas de fósforos y se muelen hasta obtener cerca de cinco gramos y se mezclan con el contenido de dos bolsitas de silicón (de esas que traen las cajas de zapatos nuevos); después se pone todo en el tubo (sin que caigan en el líquido todavía) y se tapa la punta libre del tubo con un globo inflable. Para nada diría que dejar que las esferas de silicón y las cabezas de fósforo al caer en el líquido soltarán un gas que se queda atrapado en el globo. No sería para nada prudente describir con detalle el siguiente paso, que consistiría, si mi loca desfachatez me permitiera escribirlo, en llenar un tazón grande con agua destilada (que se vende como agua para planchas a vapor) y agregar tres tazas de bicarbonato de sodio. Se agrega a la mezcla una bandejita de hielos. Hay que añadir el gas atrapado en el globo. La mezcla gasificada se vierte en



«ARTISTAS COMO LILA DOWNS Y ÓSCAR CHÁVEZ».

una cafetera con filtro; hay que dejar que se seque y listo. Listo para consumirse o para venderlo a los espectros deambulantes que normalmente lo requieren. Uno no puede ser así de imprudente y hacer que se imprima una receta de este tipo en el mismo periódico que muestra a la más fina selección de la eugenesia —voluntaria y accidental— de Sonora en la sección de Sociales. Uno no puede confiar en que los lectores son inteligentes y que pueden tomar sus propias decisiones, que pueden discernir entre lo bueno y lo

malo, porque los periódicos no son para eso y pues, uno debe saber, como escritor, que hay cosas que simplemente no se escriben.

Así que las Fiestas del Pític 2008, inauguradas por el gobernador Eduardo Bours y el alcalde Ernesto Gándara, estuvieron divertidas, amenas y permitieron al pueblo hermosillense divertirse de manera sana y cosmopolita con artistas como Lila Downs y Óscar Chávez. ¿Sabían que mi editor solo lee los primeros tres párrafos de lo que escribo y el final? Qué interesante, ¿no? ❧

Rodear la Tierra (y andar por ella)
CRÓNICA IV.— «LA TRILOGÍA DE NUEVA YORK,
DE PAUL AUSTER».
(NUEVA YORK, 2007)

No sea escritor; es una manera terrible de ganarse la vida. No hay nada que ganar de ello más que pobreza y oscuridad y soledad.

—Paul Auster



onó el teléfono. Mi editor me dijo que le faltaba una reseña de un libro para el suplemento cultural «Perfiles». «¿Qué has leído últimamente?», «Hideputa, no tienes idea, leí la maldita *Trilogía de Nueva York, bitch*». Eso solo lo pensé, no lo dije; mis palabras le respondieron «*La Trilogía de Nueva York*, de Paul Auster». «Escríbela».

Vaya, qué casualidad. He estado trabajando como profesor de español en la Universidad de Arizona por cinco años ya, y cada año sucede algo milagroso, impensado en mi país natal: el gobierno, cerca del mes de mayo, me envía un cheque

como reembolso de impuestos. Cada año tengo unos quinientos o seiscientos dólares para usarlos como me venga en gana. Tengo 27 años, soy soltero, soy un literato mamón y tengo que escribir una reseña sobre Nueva York. Ustedes advienen qué va a pasar.

Sin tener la más vaga idea de cómo esto me ayudaría a escribir una reseña, me vine a Nueva York. Me habían advertido que en Nueva York todos están solos entre los millones de personas que hormiguean por las calles y se apelmazan como abejas dentro de los ubicuos edificios. Pero ya un poeta me había enseñado hace mucho a quedarme solo: «Si no



«SI NO ESTÁS EN NUEVA YORK, AMADA, EN NUEVA YORK NO HAY NADIE».

estás en Nueva York, amada, en Nueva York no hay nadie». Y de repente, no había nadie porque tú no estabas aquí.

Así que saqué mi mapa, viéndome como un turista idiota, como un repentino imán de carteristas, como un pichón de banca, entre los rascacielos y el cielo, gris como la cara de un muerto, sucio como el vaho de un adicto al *meth*. Justo después de dejar el aeropuerto tomé un taxi a la calle 72 y Ámsterdam,

donde, al parecer, comenzó el viaje de Quinn, el protagonista de *Ciudad de vidrio* (*City of Glass*) de Paul Auster: la primera de tres novelas que conforman su célebre *Trilogía de Nueva York*, publicadas entre 1985 y 1986 y leídas por mí en 2006.

City of Glass es una novela de detectives sobre un novelista de detectives. El protagonista, Daniel Quinn, es despertado una noche por el timbre de una

llamada telefónica. Alguien que lo ha confundido con un detective privado (llamado, además, Paul Auster) le confía una misión que el escritor decide llevar a cabo en un sorprendente arrebato quijotesco.

Justo frente a mí estaba el Hotel Dakota, que se podía ver desde el hipotético departamento de Quinn. Aquí iniciaría mi recorrido para encontrar los pasos del detective y, probablemente, escribir una buena reseña. Debía seguir la calle un poco al oeste para encontrarme con el inmenso Parque Central, al cual entraría a buscar la banca donde Quinn habló con el desquiciado Peter Stillman.

Peter Stillman es el nombre de dos personajes, padre e hijo, en la novela de la que hablo. Stillman padre sometió al hijo a demenciales experimentos durante la infancia. El que parece ser el motivo de la novela (pero que tal vez no lo es, a final de cuentas) es que Quinn debe evitar que el padre, recién liberado de prisión, encuentre al hijo y le haga aún más daño.

Estuve sentado en una de las bancas exteriores del Parque

Central. A veces volteaba y veía el interminable filón de árboles, rocas, pasto y agua. Era realmente absurdo que en mitad de la ciudad existiera un bosque nutrido, sitiado por la civilización. El Parque Central es una ridícula frase entre paréntesis. Y lo amo. Si algún día volviera a Nueva York, sería solo para estar de nuevo en el Parque.

Caminé (mucho) al Hotel des Artistes, en la calle 67, y me tomé un té en el lobby, que tiene una concurrida cafetería. Sentado cerca de una ventana me di cuenta de que no podía ver nada más allá de los árboles y los autos estacionados. Estaba atrapado entre los edificios. El Parque Central estaba ahí también, infranqueable, infinito. Había comprado en un establecimiento una libreta para anotar estos detalles que someramente transcribo, al igual que lo hacen los personajes en las novelas *Ciudad de vidrio* y *Fantasmas (Ghosts)*. Esta segunda novela de la *Trilogía* es más un acercamiento emblemático a la novela de detectives. O como mejor explica la solapa de mi edición de las novelas reunidas

de Auster: «*Fantasma* es una historia en la que “Blue, un estudiante de Brown, es contratado por White para espionar a Black, quien vive en la calle Orange y quien espía a alguien más”».

Cuando salí del Café des Artistes y seguí mi ruta al suroeste, vi en la calle 63 una réplica de la Estatua de la Libertad y, por supuesto, recordé otra novela de Auster: *Leviatán* (de 1992), en la cual el protagonista, un escritor-terrorista, se dedica a poner bombas en las diferentes estatuas de la libertad alrededor de los Estados Unidos.

En el Columbus Circle, ya casi para dejar atrás al Parque Central, vi a lo lejos el Hotel Plaza, el rascacielos de la IBM y la Catedral de San Patricio, todas ellas mencionadas por Auster en la caminata de Quinn. Justo ahí es que encuentro al fin la Estación Central del metro y me subo a sus tripas para ir a casa de Meyer (el amigo que me hospedaría) y continuar la pesquisa el día siguiente, pues ya se había hecho tarde y qué cabrón miedo encontrarme

con las legendarias calles nocturnas de las películas tempranas de Martin Scorsese.

La *Trilogía* de Paul Auster ha sido llamada «novela posmoderna de detectives» y sí es indudable que en las tres novelas se encuentra un afán experimental y el clásico tono irónico que popularizó Kurt Vonnegut y heredó Chuck Palahniuk. Ciertamente *City of Glass* se mueve alrededor de una idea muy pesada que intenta subvertir la propiedad comunicativa del lenguaje o, al menos, denunciar su crisis. Las palabras (incluso la trama) parecen verse sometidas al castigo de Derrida, como pasó cuando el teórico francés pronunció un discurso deshuesado y desconcertante ante los joyceanos en 1989.

Sin embargo, reconozcamos que la ironía, la metaficción, la hibridación de géneros y todo lo que parece caracterizar a la novela posmoderna ya estaba planteado desde los inicios de la novela moderna, es decir, con Cervantes y su *Don Quijote*: y esto lo sabe Auster: en un capítulo de *Ciudad de vidrio* hace

que Quinn y Auster —ficcionalizado en un personaje— hablen sobre estas mismas características de la gran novela del cabrón manco loco que perdió su mano con los moros en Lepanto.

Más bien Paul Auster parece seguir el camino que John Barth señala como «un camino de la redención del lenguaje y de la ficción», es decir, subvierte la novela detectivesca, y ciertamente cuestiona las verdades absolutas sobre la identidad y la unicidad del ser humano, pero revierte el proceso de confusión que la excesiva experimentación le ha dado a la novela moderna y posmoderna.

¿Qué acabo de escribir y por qué parece sacado de una tesis?

El día siguiente el metro me dejó frente al Madison Square Park. Justo al subir las escaleras pude ver el Flat Iron, el curioso edificio-cuña que se le atraviesa a Nueva York en la garganta como una espina de pescado



«ME SENTÉ Y COMENCÉ A ESCRIBIR...».

hecha de ladrillos. Supe que me acercaba a la parte pesada de Nueva York porque debí caminar trece calles de turistas para encontrar la Iglesia de la Encarnación. Cada vez había más gente, y mientras caminaba, poco a poco me perdí en mis ideas sobre la tan llevada y tan traída posmodernidad.

Fragmentación, indeterminación, abandono del yo, hibridación de géneros, sujeto descentrado. Parecería que nos

encontráramos más ante los síntomas de una enfermedad mental, y no ante las características de nuestra cultura. Parecería que quisiéramos que el futuro nos recordara como «la edad demente» o «la edad triste». Un edificio, coincidentemente, ostentaba un letrero amarillo que decía «La depresión es una falla química, no de la personalidad, llame gratis para recibir información, al 1 800 829-8289».

En las tres novelas que reseñaré cuando termine mi viaje estos síntomas se manifiestan fuertemente en el pareo de personajes que acaban con los seres únicos. Quinn es Auster y Auster es autor y personaje, Peter Stillman es padre y es hijo; Black es White y Blue es espía y espiado; en *El cuarto cerrado* (*The Locked Room*), novela parecida a la mencionada *Leviatán*, el narrador adopta la identidad de su amigo Fanshawe y el autor, Auster, pierde la autoría, etcétera.

Recuerdo que, hace un año, justamente el verano pasado, después de leer la *Trilogía* por primera vez, decidí seguir

los experimentos de Stillman y, fascinado por la idea del encierro, comencé una vida monástica que todavía no me abandona del todo: me encerré en mi cuarto y procuré hablar lo menos posible, mucho menos en español. Leí mucho y pensé mucho sobre el tema de la posmodernidad. Vi mi mapa y noté que para seguir los pasos de Paul Auster tendría que regresar hasta el Parque Madison. Decidí que no sería un pecado tomar un autobús a Battery Park. Ahí, en uno de los asientos más al fondo del autobús, tuve el primer atisbo de la Estatua de la Libertad, que emergió por el costado de un edificio. Antes de llegar a Battery Park, me bajé en la calle Barclay y lo vi al fin: el hueco macabro del Ground Zero, donde estaban las torres gemelas del World Trade Center.

Cerca de ahí, después de tomarme una foto frente al espacio vacío en el suelo, retrocedí diez calles y llegué a Chinatown, que no quedaba muy lejos. Me había propuesto terminar el recorrido ese mismo día, y ya caía la tarde. Comí

cubitos de pato agridulce en un restaurante chino mientras escribía esta parte de la reseña.

Tomé de nuevo un autobús hacia Gramercy Park, cerca de donde inicié el recorrido de ese día, porque la distancia no era tan noble para mis pies cansados. Sabía que mi viaje estaba por terminar. Por más que busqué la cima del edificio de la ONU, no la encontré; en Nueva York solo se ve lo inmediato. Pero en mi mapa vi que la Primera Avenida estaba cerca, presuntamente ahí fue donde Quinn terminó su viaje en busca de la verdad sobre el caso del señor Stillman.

El viaje de Quinn es uno de desplazamientos del motivo. Lo que parece ser una novela detectivesca se convierte en una

novela existencial, en la que el detective debe responder no solo a los cambios de las pistas y de los sospechosos, sino a cambios en él mismo y en su relación con el mundo y con el lenguaje.

Justo antes de llegar a la Primera Avenida, al final de la 41, hay una calle que se trunca. Hay dos banquetas solitarias que miran hacia el horizonte limpio, hacia el Río Este. En una de ellas me senté y empecé a escribir mientras las nubes se oscurecían y las luces de las calles comenzaban a encenderse y a zumbar.

«Será una buena reseña», dije, y seguí escribiendo hasta que cayó la noche. «O no», continué, y me quedé dormido cerca de un bote de basura. ❧

Rodear la Tierra (y andar por ella)

CRÓNICA V.— «DIEZ COSAS

QUE NO SABÍAS DE PARÍS».

(PARÍS, 2009)

París es la única ciudad del mundo donde morir de hambre todavía es considerado un arte.

—Carlos Ruiz Zafón



mi editor me pidió que escribiera algo sobre París para mis lectores del peor de los desiertos, y siempre me pareció una idea detestable, porque yo sabía que mis lectoras y lectores eran insoportables esnobs que pensaban que París era el *nec plus ultra* de lo sofisticado y solo querían leer el nombre de esta ciudad mezclado con el de su horrendo terruño.

Pero vaya, uno tiene que comer, y como parece que en París nunca me van a dar trabajo, aquí están, estimado lector, estimada lectora, una lista de diez cosas que no sabes de París.

1. Si estás en París por primera vez o si quieres viajar pronto, olvídate de los supermercados enormes a los que nos acostumbramos por influencia de los Estados Unidos. De hecho, olvídate de comprar con carrito; los supermercados aquí son pequeños y costosos. Olvídate también de las tienditas de la esquina, a menos que quieras cigarros o carne de caballo.
2. ¿Te gustan los dulces de tamarindo con chile? Es mejor que vayas olvidándote de ellos; en París no saben que las palabras «dulce» y «chile» pueden coexistir en



«EL PARISINO COMÚN SE MANTIENE FUERTE
CON UN RÉGIMEN DE CIGARROS Y MISOGINIA».

- el mismo concepto. Tienen nada más de esos dulces que comen los viejitos, con sabores de asilo de ancianos, como regaliz, anís, canela y clavo. Los dulces de regaliz saben a neumático azucarado.
3. Antes de maldecir las ardientes ciudades del norte mexicano por ser un puñado de pueblecitos sedientos donde todavía hay vendedores de petróleo en carretas tiradas por mulas, siéntete afortunado de tener gimnasios baratos cerca de tu casa. En París solo hay gimnasios muy caros y solo los burguesillos pretenidosos van al gimnasio. El parisino común se mantiene fuerte con un régimen de cigarros y misoginia.
4. Si pensabas que París era una ciudad de calles empedradas y pequeñas donde no caben los carros y todos andan en metro o en bicicleta, creo que alguien te ha engañado. Hay muchos carros y grandes calles con tráfico todo el tiempo. Así que el sonido romántico de

- los acordeones del verano es ahogado por la bocina de un conductor encabronado.
5. Si quieres enchufar el cargador de tu celular en París... ¡sorpresa, *bitch!*, los enchufes son diferentes, son dos círculos, no dos ranuras, como en nuestro universo. Los teclados de computadora son diferentes también: son AZERTY, no QWERTY, así que la primera vez que usé uno escribí algo así como «Holq, mqqmq».
 6. En la tele abierta francesa dicen groserías y hay desnudos. Desnudos los ve uno también en París en pósteres, puestos de revistas y, claro, en las estatuas públicas. En nuestra tierra, en la tele, muy difícilmente se puede decir «wey» (que ni siquiera es grosería), y está prohibido decir «pedo» (¡que no ofende a nadie!), y las pocas estatuas públicas desnudas se encuentran con las burlas generalizadas de todos.
 7. Todos se visten de negro en París. Aunque de vez en cuando se vislumbran algunos intentos de coordinar ciertos colores sobrios, el parisino invernal, de cualquier edad y raza, se viste de negro. Me sentía especial en mi tierra porque mi guardarropa era exclusivamente negro, pero aquí Johnny Cash y yo somos uno de tantos muchos.
 8. En París no ha habido ni habrá terremotos en esta era geológica. Tampoco llegan los huracanes ni los tsunamis y no hay un triste volcán en las cercanías. No ha habido grandes incendios. La única gran inundación fue cuando se desbordó el Sena en 1901 y no se murió nadie. Adivinaron: París es indestructible.
 9. ¿Se te antoja un sándwich? ¡Sigue soñando, imbécil! En París los paquetes de jamón tienen dos, cuatro y seis rebanadas y cuestan de dos euros en adelante (con dos euros uno se puede

comprar dos litros de leche en México). Así como lo oyen. Dos rebanadas de jamón por lo mismo que cuesta entrar al cine. Valoren lo que tienen, amigos. Quién diría que en París iba a extrañar el jamón barato, cuantioso y carcinogénico.

10. En París los fantasmas de las guerras y los de rubios moradores paleolíticos se rozan cuando cruzan las calles de niebla en las mañanas. El Sena no cabe en dos ojos y se desliza por las mejillas como un rubor frío. Los cuervos se empeñan por rasgar el

pavimento con sus uñas de alambre y vuelan, informes y brunos como la tiniebla, a seguir horadando los basureros de ayer.

Cuando en mi tierra se construyó la primera ciudad con terrones de lodo, en París ya había curiosos aristócratas haciendo filosofía económica y jugando con electricidad en botellas de vidrio. Cuando en París se construyeron los primeros edificios, en mi tierra una lagartija se paseaba por el yermo desolado, por suelos que jamás en la historia del universo habían sido pisados por un solo y triste ser humano.



«ADIVINARON: PARÍS
ES INDESTRUCTIBLE...».

Eso no sabías de París. ❖

Rodear la Tierra (y andar por ella)
CRÓNICA VI.— «UNA MISA SURREAL
EN EL DESIERTO».
(TUCSON, ARIZONA, 2003)

*La Iglesia Católica es como un filete jugoso, una
copa de vino tinto y un buen puro.*

— G. K. Chesterton



na de las etapas más peculiares de mi historia reciente fue cuando intenté volver al catolicismo. No tiene nada de malo ser católico (digo esto solo cuando estoy de buen humor), y ciertamente es una religión que no solo me es familiar, sino que también ha modelado gran parte de mi personalidad, aunque me pese admitirlo.

Fue cerca de 2003 cuando intenté llenar el hueco espiritual que sentía como un recién inmigrado solitario en los Estados Unidos; la misa católica en español, pensé, sería un lazo con mi tierra y con mi gente ahora que vivo en esta tierra baldía donde lo verdaderamen-

te barroco y pintoresco solo está en los márgenes del suburbio étnico.

La única iglesia católica que pude encontrar cerca de mi apartamento provisional en el sur de Tucson estaba a unos cuatro o cinco kilómetros únicamente accesibles en auto o a pie. Mientras caminaba bajo el sol del desierto de Arizona me decía a mí mismo: «Puedo ver cómo esto va a afectar mis ganas de volver cada domingo».

Había una vía ferroviaria que cruzaba la mitad del trayecto. «Simbólico», pensé estúpidamente, en el mismo tono en el que uno piensa o dice «chingón».

Cuando por fin llegué al templo, era casi hora de

comenzar la ceremonia. Recordé mi pasado de católico involuntario (*i.e.* mi infancia) y todos los gestos y trucos del repertorio del católico practicante: la señal de la cruz con los dedos, la reverencia al cruzar la puerta de templo, todas las oraciones memorizadas sin fervor, que seguramente compartían un rincón en mi cerebro enseñada del código Konami, arriba, arriba, abajo, abajo, izquierda, derecha, izquierda, derecha, B, A, B, A, y del Espíritu Santo, amén, ¡pum!, treinta vidas en el *Contra*.

La congregación estaba formada por mexicanos, chicanos, hispanos, y ancianos de toda laya y de todos colores. Las conversaciones que se escuchaban antes del vestíbulo eran en español; había entrado a un microcosmos lingüístico que los mismos fieles, estoy seguro, veían como un refugio, como una vuelta al vientre de México.

En la parte trasera de las bancas cerca del reclinatorio plegable había un misal y un himnario, uno para cada feligrés; este tipo de cosas eran

inéditas en mi experiencia ritual católica: «Estas son mierdas de primer mundo», pensé, y de inmediato me sentí mal por haber pensado en la palabra *mierda*. Abrí el himnario y ahí estaban, en español y con instrucciones musicales, las canciones que entonaríamos durante la misa. Sentí poco a poco un aire cada vez más y más protestante, y mi sentido arácnido de la Contrarreforma comenzó a vibrar con desconianza.

Después entró el mariachi.
What the fuck.

Detrás del mariachi entró el sacerdote. Dio unos muchos pasos cortos y tambaleantes hacia el atrio, subió con empeño los altísimos escalones, y escaló la silla antes de sentarse. Sí; el sacerdote era enano. Tenía un micrófono atado al cuello como el albatros de Coleridge o como un rosario de la era *techno*.

Entonces inició la misa más extraña en la que he estado. El mariachi comenzó a interpretar «Santo, santo; santo es el Señor» a todo metal y yo pensé estar en una broma de



«DESPUÉS ENTRÓ EL MARIACHI...».

cámara oculta producida por Jodorowsky.

La misa fue excelente; pronto olvidé que el padre tenía una condición física especial, pero no pude sacar el mariachi de la ecuación. El mariachi, sumado con el padre diminuto era demasiado. Si la misa hubiera sido solo con el padre enano, no estaría escribiendo esto. Mariachi + padre enano + chicanos en el desierto de Arizona + un imbécil que quiere ser católico de nuevo solo porque sí = ???

Salí de misa descombabulado y caminé poco más de una hora bajo un sol ridículamente intenso. Solo volví dos veces más a misa en ese templo. La última vez me tocó un sacerdote de estatura regular y sin mariachi.

Cuando me mudé a un apartamento más cerca de la universidad, busqué sin muchas ganas otro templo católico cercano. No lo encontré. Estoy seguro de que habría encontrado uno, pero desistí rápidamente y comencé a buscar pretextos



«PENSÉ ESTAR EN UNA BROMA DE CÁMARA OCULTA PRODUCIDA POR JODOROWSKY...».

intelectualizados (*bullshit*) para no volver a misa. «El verdadero templo está en mí», «busca a Cristo debajo de las piedras y lo hallarás», «la misa es una cena organizada por Cristo, uno no va a cenar a casa de su amigo todas las semanas»... etcétera.

Hoy, muchos años después, no me explico muy bien cuál era mi motivación para haber querido ser católico. Vivía solo por primera vez en mi vida y

estaba en otro país, sin amigos, sin familia, sin mucho que hacer. Mi paralizante ansiedad de aquellas fechas me obligó a hacer cosas insólitas: regresar al catolicismo, leer *Les Misérables* en dos días y comenzar a fumar.

Y de los ritos centrados en la muerte, el tabaco es el único que conservé hasta el ocaso de mi vida adulta, e incluso ese lo abandoné en pos de unirme a las fuerzas del bien. Qué injusto es Dios. ♣

Rodear la Tierra (y andar por ella)
CRÓNICA VII.— «MIEDO Y ODIOS EN HOLLYWOOD».
(LOS ÁNGELES, 2007)

Nada le quita la amargura a los problemas económicos del mundo como mirar a millonarios regalarsen estatuillas de oro uno al otro.

—Billy Crystal



Vine a Los Ángeles porque mi editor me dijo hace una semana que quería algo sobre los Premios Óscar. Sé que mis colegas del suplemento cultural van a hacer algo insulso y aburrido, así que decidí aprovechar el automóvil de mi primo Jesus y nos vinimos él y yo a pinchi California.

Llevaba en mi cartera el número telefónico de un pariente mío (en este texto le llamaré James P., pero, por supuesto, no se llama así) que vive en Sylmar, cerca de Los Ángeles; en verdad no me interesaba mucho una reunión familiar, pero este tío lejano se encarga—solo durante la temporada—de organizar una red de apues-

tas ilegales sobre los Óscar en Los Ángeles y pensé que a mi editor le gustaría un reportaje sobre este constructivo tema.

En Sylmar nos instalamos en casa de mi tío apostador. Cuando no se dedica a esto, tiene un negocio de reparación de electrodomésticos muy exitoso. Platicamos sobre la industria del cine y, principalmente, sobre cómo una película obtiene el Óscar. Al final de la noche me enseñó la mejor forma de apostar por una película, treta que explicaré a usted, querido lector de pacotilla, al final de este textito.

La familia que nos crio a mí y a mi tío James nos enseñó a desconfiar de las cosas en las que intervenía gente que



«VINE A LOS ÁNGELES...».

se creía mejor que los demás. Lo peligroso de vivir en una democracia es que todos nos creemos mejores que otros para señalar los errores que no vemos en nosotros mismos. Por eso, tanto mi tío como yo, vimos con agrado que ambos desconfiábamos de la Academia de Artes y Ciencias, quienes deciden y otorgan las estatuillas del Óscar. Alrededor de mil quinientos actores son los que decidirán la suerte de las películas que ganarán o no el Óscar a mediados de febrero en Los Ángeles, Californication, USA. Algunos otros

vetustos productores, directores, ingenieros y grises personalidades sin interés para nadie conformarán este selecto grupo de votantes. Entonces, para apostar por una película hay que considerar que son, en su mayoría, actores sin cerebro (no intelectuales o autoridades académicas) las que eligen a los ganadores.

¿Cómo se elige qué película ganará un Óscar? Hay que saber que esta decisión no es solo un premio, sino una especie de inyección de adrenalina mezclada con gasolina hormonal de sapos gigantes y de testículos de dinosaurio para la carrera de un director o de un actor. Esta cosa es importante como el demonio.

Primero, me describió mi tío, la película debe ser estrenada, *ab ovo*, en Los Ángeles, en gran formato, y ser, sin dudas, más estadounidense que ser gordo y ver tele todo el día. También, tiene que estar afiliada a una de las grandes cadenas filmicas

para asegurar que no se está premiando algo independiente y con alma.

Cuando ha sido prenomiada, los cabilderos, voceros oficiales de las películas, ejercen presión paralela a la publicidad mediática de sus «clientes» y ejercen un poder casi hipnótico ante los miembros de la Academia de Artes y Ciencias de Producción Fílmica, esos mismos mensores de quienes hablé ahorita.

Después viene la parte interesante: los miembros de la Academia ven las películas en casa y deciden cuáles serán las nominadas. Parafraseo el inglés de mi tío: «La mayoría de las veces las películas más melosas y con actuaciones más afectadas son las que se llevarán la admiración de los votantes». Continuó diciendo que también es garantía de éxito poner a un actor o actriz de edad avanzada gritando cosas gloriosas o luchando por alcanzar sus sueños; no falla la fórmula del amor imposible, los negros rehabilitados y cursis o el clásico motivo del regreso desde el infierno de las drogas.

Por supuesto, también todos respetamos un filme muy épico con tomas de lente gran angular y música de orquesta sobre ejércitos que se destripan.

Mi primo Jesús salió a buscar drogas, creo, lo que me dio oportunidad de ir con mi tío a su oficina. Con orgullo me mostró el hueco que dejó una bala en la pared cerca de su sillón: «Un muy muy mal perdedor», dijo, y me mostró la barroca gráfica de las estadísticas. Las apuestas por los Premios Óscar son un negocio grande y le dejan a mi tío cerca de diez mil dólares cada año, como mínimo. Le pregunté —pensando en el final de mi crónica— cuál era el truco para ganar las apuestas de los Óscar.

«Son los Golden Globes», apuntó mi tío. Sacó de su bolsillo una hoja de papel, doblada en ocho: diecisiete de los últimos veintiún ganadores del Golden Globes a mejor película han ganado la estatuilla a mejor película en los Premios Óscar. Dieciséis de veintiuna ganadoras del mismo trofeo a mejor actriz obtuvieron el Óscar. «Tienes que hacer una



«BIENVENIDO A LAS APUESTAS, MIJO...».

combinación de corazonada e investigación, pero el punto de partida para una buena apuesta sobre los Óscar es los Golden Globes».

Mis entrañas apestosas me decían que arriesgara por el filme *Los Muertos* (*The Departed*, terriblemente traducida como *Los infiltrados*), de Martin Scorsese (yo le doy mis propias traducciones a las películas, no me molesten), pero el truco de mi tío le da más probabilidades a *Babel*. También sería un error apostar por *Little Miss Sunshine*, pues es una comedia, y la academia es famosa por rechazar las comedias. Puse treinta dólares

para *Los Muertos*. Aunque no ganó el Golden Globe, lo hice por respeto a Scorsese, y porque el dinero no era mío, se lo había extraído a mi primo de su mochila. Mi tío guardó el dinero e ingresó mis datos a su computadora. «Bienvenido a las apuestas, miijo».

Y así, lectores, me hice parte de ese mundo imbécil de las apuestas. Le dejo el truco de los Golden Globes por si quieren hacer un poco de dinero con la divertida, adictiva y remunerante actividad de las apuestas ilegales.

Actualización *post scriptum*: ganó la película de Scorsese. ♣

Rodear la Tierra (y andar por ella)
CRÓNICA VIII.— «LA SEMANA SANTA

YAQUI ES ANTISEMITA».

(HERMOSILLO, 2015)

*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!
porque sois semejantes a sepulcros blanqueados,
que de fuera, a la verdad, se muestran hermosos,
mas de dentro están llenos de huesos de muertos y
de toda suciedad.*

—Mateo 23:27

*Entonces saliendo los fariseos, tomaron consejo
con los herodianos contra Él, para matarle. Mas
Jesús se apartó a la mar con sus discípulos.*

—Marcos 3:6-7



En mi tierra, en el estado de Sonora, México, inexplicablemente, cada año, unos monstruos recorren las calles. Desde que somos niños estamos acostumbrados a que hombres con máscaras animales deambulen por las ciudades tocando sus tambores y sacudiendo sus cascabeles, en busca de una moneda. Las infancias sonorenses han sufrido por décadas, si no es que siglos, ante este desfile

de seres de pesadillas que se contonean ante ritmos que recuerdan a la música de los pueblos perdidos en la niebla del tiempo, en la penumbra de las conquistas. Aquí en Sonora, los mestizos les llamamos «los fariseos»; los yaquis, «chayekas» («narizones» en su lengua). En otras culturas de México y de Hispanoamérica, son «los judíos».

Y es en esa última palabra, «judíos», que la cosa me empieza a sonar mal.

Los chapayekas son devotos católicos que pertenecen a la nación yaqui. Son hombres que durante los cuarenta días de la cuaresma se visten como encarnaciones del mal para representar la muy católica pena de estar cargados de pecado. Durante estos cuarenta días los chapayekas (muchos de ellos falsos oportunistas y no yaquis) se pueden ver por las calles danzando por monedas. Y cuando esto pasa, las ciudades de Sonora y Sinaloa se convierten en una película de David Lynch o en una novela de Alejo Carpentier.

Pero en esta ocasión no me interesa describir la pintoresca tradición, ni ahondar en su origen o en su descripción etnográfica. Hoy quiero hablar mal de los chapayekas porque parece que no me cansé de ser odiado por todos: la pintoresca tradición de la Semana Santa yaqui es puro antisemitismo sin destilar, sin haber pasado por el filtro crítico de pinchis nadie en cuatrocientos malditos años.



«AQUÍ EN SONORA, LOS MESTIZOS
LES LLAMAMOS «LOS FARISEOS».

En el filme satírico *Borat* (2006), el personaje principal, Borat Sagdiyev (un conductor televisivo de un Kazajistán ficticio), nos muestra qué tan retrógrado y racista es su país. Nos muestra cómo la violación y el incesto son moneda corriente, cómo la televisión y el entretenimiento son manejados por burócratas corruptos sin imaginación. ¿Y cuál era otra de las formas de exhibir el racismo e ignorancia de su país?: con «la corrida del judío», una

parodia de la pamplonada, pero con dos botargas grotescas con cabezas de caricaturas de judíos en lugar de toros. Niños y adultos se deleitan en perseguir y golpear a estos monigotes que encarnan todo lo que la religión les ha enseñado a odiar. No pude dejar de comparar este espectáculo de odio étnico con los fariseos de Sonora.

Y es que el odio al judío es antiquísimo. No les voy a hacer una historia del antisemitismo aquí, pero los invito a informarse: la diáspora, la inquisición española, la persecución, el holocausto nazi... pocos grupos humanos, aparte de los negros, han sido tan vituperados y acosados como mis *homies*, los judíos. Todos conocemos al menos del holocausto, y aun así hay una inmensa mayoría de abuelitas adorables que piensan que los judíos son malos «porque mataron a diosito». El antisemitismo es casual en México porque no hay muchos judíos que puedan replicar y enojarse; pero el antisemitismo es real. Y, por mucho que nos duela hablar mal de nuestras bonitas costumbres sonorenses,

la Semana Santa yaqui es antisemita.

En Sonora a los chapayekas les llamamos «fariseos». La encarnación del pecado es, en la imaginación religiosa, un judío. Prácticamente el diablo en forma humana es un judío. Lo indeseable es un judío. Lo que se quema en una hoguera al final de la fiesta sagrada es un judío. El sacrificio humano. Lo tóxico que debe salir de nuestra comunidad para darle lugar a Dios. La fiesta religiosa yaqui nos condiciona, con sus formas simbólicas fáciles de interpretar, a considerar al judío como un elemento del mal, como el enemigo y el adversario: al que se debe erradicar.

¿Pero de dónde sale el término *fariseo*? Sucede que es casi lo mismo que decir judío. Y en términos cristianos, es casi lo mismo que decir «malo» o «deshonesto». Si esto no es antisemitismo, no sé qué es. En tiempos de Cristo, un fariseo era simplemente un judío que seguía estrictamente las leyes de su religión. No eran de otra raza ni de otra región de Judea. Eran simplemente más devotos

y más estrictos al momento de interpretar su libro sagrado. San Pablo, inventor del cristianismo, autor de la mitad del Nuevo Testamento, era fariseo. Para qué decir más: Cristo, tal vez, también era fariseo.

Sin embargo, en la Biblia cristiana aquí y allá vemos condenas y críticas por parte de Jesús hacia los fariseos. Los llama mentirosos, asesinos e hipócritas. Dicen que se van a ir al infierno, a.l.v., y que son, en pocas palabras, lo peor.

Lo que pasó es simple: después de que los romanos destruyeron el Templo de Jerusalén en el año 70 d.C., los fariseos y los cristianos sobrevivieron a la masacre y estas dos facciones competían por representar la religión dominante, así que los escritores del Nuevo Testamento recurrieron a criticar y atacar cruelmente a los fariseos.

Agreguemos que, como parte de la vergonzosa Conquista del Norte de México (que se logró más con la superstición que con las armas), los gordos y hediondos misioneros jesuitas, franciscanos y demás, sustituyeron las supersticiones mi-

tológicas de los yaquis con las supersticiones mitológicas del catolicismo, las cuales incluían e incluyen el odio irracional hacia los judíos.

¿Y nadie se lo cuestiona hoy en día? ¿Solo yo? ¿Solo a mí me incomoda que un rito católico quemé judíos diabólicos como clímax de la Semana Santa? ¿Estoy mal? Antes de que se enojen más conmigo, aclaro: mi respeto está con la historia de combate y de tenacidad de los yaquis, pero no con un rito que perpetúa una caricatura racista, no importa que lo hagan sin saber que lo hacen. ¿Se supone que tenemos que aceptar que las tradiciones son bonitas solo porque son tradiciones? Esta es la misma razón por la cual todavía existen las corridas de toros y la creencia de que es normal gritar estupideces a las mujeres en la calle. Porque es una bonita tradición de nuestro bonito pasado en el que todo era mejor.

Tenemos que aceptar que la Semana Santa yaqui es totalmente asombrosa porque nos



«SOMOS LOS QUE CONDUCCEN SUS AUTOMÓVILES REFRIGERADOS
PARA VISITAR A LOS YAQUIS POR UN DÍA».

recuerda «nuestras raíces», esas que creemos que nos pueden definir ya que nosotros no tenemos la profundidad intelectual para definirnos nosotros mismos con nuestras propias palabras porque tenemos mucho miedo de tener ideas independientes.

La Semana Santa yaqui es asombrosa porque nos deja asomarnos a un mundo exótico, que nos demuestra qué tan diferentes somos de ellos,

de los otros, de los que tienen otro idioma y otro rostro. Somos todavía los afrancesados perfumados fascinados con lo exótico. Somos los turistas de la etnografía que conducen sus automóviles refrigerados a las colonias pobres para visitar a los yaquis por un día. Somos el mestizo tocado por el dedo divino de la herencia europea justo en medio del jardín genético. Somos el privilegiado cóctel de la Conquista. ♣

Rodear la Tierra (y andar por ella)
CRÓNICA IX.— «PERIODISMO IDIOTA:
MI ENTREVISTA CON EL DALÁI LAMA».
(TUCSON, ARIZONA, 2005)

*Una vez al año ve a algún lugar en el que nunca
hayas estado antes.*

—Tenzin Gyatso, el dalái lama

Escribí al menos tres crónicas gonzo para el suplemento «Perfiles» de El Imparcial. Esta, que trata de mi entrevista con el dalái lama y la siguiente, titulada «El okapi: criptozoología para principiantes», son las dos que quise incluir en este libro. En la primera de estas crónicas, creé a un personaje que, al contrario de mi yo verdadero, consumía alcohol y drogas con el fin de obtener una pieza de literatura fascinante, una pieza de periodismo crudo y personal. Pero en la realidad, yo, desde joven, he tenido miedo de que el uso de estas sustancias ilícitas cambie mi dulce, dulce cerebro para mal y para siempre. Es una especie de fobia intelectual. Yo, que crecí con ese miedo, también crecí con un nombre que no elegí: Carlos Pacheco. Carlos Pacheco jamás haría el tipo de cosas que aparecen en estas crónicas. Por eso, en 2005, para escribir esta crónica creé a Carlos Mal.



partir de mis lecturas clichés de Hunter S. Thompson me dediqué, muy a mi manera, a tratar de hacer periodismo gonzo como el de él, como cuando fui intoxicado a un zoológico a conocer al

okapi. La Internet es el único lugar donde pude dedicarme a tan noble tarea. Con un espíritu gonzo cubrí las fiestas culturales de mi pueblo natal, un concierto de Metallica en Phoenix (crónica que perdí en una computadora portátil que

se incendió), una tarde nevada en Albuquerque que no se puede publicar por ser demasiado pornográfica y la conferencia de Michael Moore en Tucson, impublicable porque está muy mal escrita.

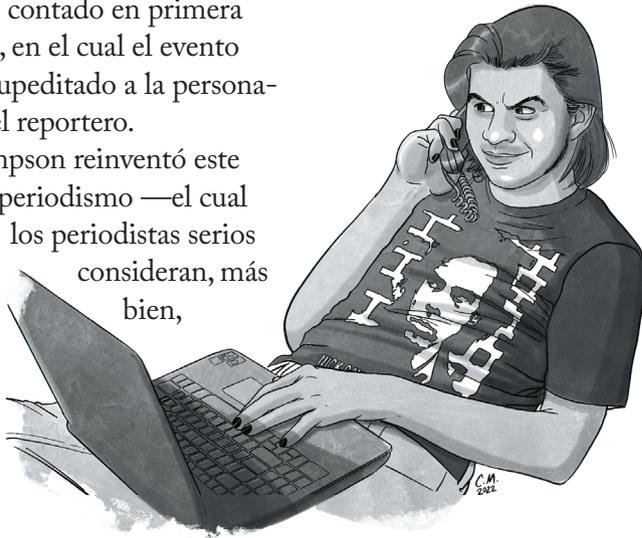
Todas estas crónicas mari-guanas no podrán ser leídas en periódicos o revistas de mi tierra, pues el carácter objetivo, serio y comprometido de los diarios y publicaciones solemnes son prácticamente el gemelo malvado del periodismo gonzo, el cual consiste, casi siempre, en el ejercicio de un periodismo subjetivo, casi siempre contado en primera persona, en el cual el evento queda supeditado a la personalidad del reportero.

Thompson reinventó este tipo de periodismo —el cual los periodistas serios consideran, más bien,

literatura— durante su juventud en los sesenta, basado remotamente en un tipo de propaganda falsa que los persas hacían contra los macedonios en tiempos de Alejandro Magno. Un reportaje típico de H. S. T. comienza con él mismo ingiriendo todo tipo de alcohol y drogas: después no solo leemos lo que ocurre, sino también lo que se aparece entre las nubes tóxicas de la psicodelia.

Y pues, hace unas semanas me enteré de que el dalái lama vendría a Tucson.

Llamé a mi editor, que en ese entonces se llamaba Martín



«CARLOS, TÚ NI PERIODISTA ERES, WEY...».

y le dije, «Hey, Martín, el dalái lama va a venir al Tucson Convention Center el lunes, cómo prame un boleto, le voy a hacer una entrevista».

«Carlos, tú ni periodista eres, wey».

El ruido de la boquilla desplazándose de esquina a esquina entre mis dientes resonó en el teléfono. «Eso ya lo veremos, mi compa», y colgué. El boleto llegó el día siguiente en mi correo electrónico. ¿De verdad entrevistaría al mesías del Tíbet?

Me preparé. El día de la conferencia de Tenzin Gyatso entré al cuarto de mi *roommate* y le confiscé una caja de metal en la que guardaba su mariguana. Torpemente lie con papel algo parecido a un cigarrillo y me lo fumé como Dios me lo dio a entender, pues nunca lo había hecho. Continué con un trago de la botella de vodka que mi *roommate* utilizaba para mezclarlo con jugos varios durante sus noches de juerga solitaria y triste.

Era temprano y no fui a clases, así que me dirigí a la cafetería en la Cuarta Avenida

donde un individuo me había ofrecido cristal de metanfetaminas en alguna ocasión pasada. No quise comprarle porque no tengo idea de cómo preparar una dosis, pero le dije que le daría diez dólares si me dejaba fumar de su mugrosa pipa de vidrio. Accedí y me arrepentí instantáneamente de poner mis labios en esa superficie grasosa y maloliente. El cristal se siente como una nube aromática que de pronto se convierte en un nubarrón eléctrico dentro del cerebro y las venas. Le pregunté a Dan si sabía dónde conseguir hongos. Se rio porque sabía que lo que yo estaba haciendo era ser un lamentable turista de las drogas. También le dije que tenía prisa y que no podía ni quería perder el tiempo en reuniones de mariguanos que discuten sobre quién gana en una pelea entre Hitler y Hulk. Él me dijo, un poco ofendido, que nadie en su casa fumaba mariguana.

Caminamos hacia una casa cerca de la universidad en la cual vivían alrededor de siete u ocho personas en condiciones increíblemente pulcras. No me

lo esperaba de un montón de drogadictos, algunos de los cuales se metían cristal por el recto. Pagué veinte dólares por un puñado de hongos picados y secos. Alucinógenos de mediano grado. Lo que quería era mezclar un estimulante con un psicodélico, para no ir no solo amplificado, sino alterado.

Faltaban dos horas para que iniciara la conferencia cuando el efecto de los hongos comenzó. Predeciblemente sentí la presión baja y estuve a punto de desmayarme. Mi cabeza se movía como el disco de un D.J., alternadamente atrás y adelante. Comencé a llorar de miedo de morirme y después, creo, me puse a reír a carcajadas y a golpear el suelo con los puños. Mis nuevos amigos me cuidaron y cuando me tranquilicé un poco me acicalaron para la entrevista. Y es que cuando les dije que era periodista y que ese mismo día le haría una entrevista al dalái lama, los ojos de todos brillaron con un respeto solemne; todos me vieron inundado de un aura de profesionalismo y con una misión importante. No era un

alma torturada por la adicción que buscaba las drogas para escapar de las ensordecedoras voces de la muerte: era una especie de monje del periodismo que quería llegar a otro plano de conciencia a fin de estar al nivel del dalái lama, el amo de la espiritualidad en la cabeza de los occidentales.

Recordé que no tenía un verdadero plan para acercarme al gran *kundun*. Me quedaba solamente utilizar al cuello la identificación falsa de prensa que hice a partir de una que me robé en una visita a *El Imparcial* cuando fui a México.

Camino al Tucson Convention Center (fui caminando) se me ocurrían ideas para cuadros, fotomontajes, obras de teatro y novelas, pero nada para la entrevista. Me aseguré de fumar mucho en el camino para anular con el tabaco el olor de las otras drogas. Definitivamente, de lo que más me arrepentía era del vodka, el cual, estaba seguro, rogaba por salir en forma de líquidos proyectiles a partir de mi boca y fosas nasales.

El guardia de una de las entradas no me quería dejar



«ÉL ME PREGUNTÓ SI LA VERDAD ERA TAN IMPORTANTE COMO MI VERDAD».

entrar porque llegué con casi media hora de retraso. Le expliqué cómo Tucson y Hermosillo eran ciudades hermanas y lo mal le iba a ir a todos si por su culpa mi periódico perdía la cobertura de un evento programado por ambos gobiernos. Me dejó pasar.

El dalái lama estaba a la mitad de su discurso sobre paz, entendimiento, sensatez y espiritualidad. Yo no me podía sentar, sabía que estaba sudando como si fuera un hombre muy gordo y oía aplausos por

todos lados cuando en verdad nadie aplaudía todavía. Tenía que reprimirme con todas mis fuerzas para no aplaudir y gritar a destiempo, durante una frase casi murmurada por el *kundun*. Estaba convencido de que el dalái lama notó esto en mí, y por un momento, casi al final de la conferencia, podría jurar que me estaba mirando fijamente con su sonrisa y con sus ojos que tienen la curva de una sonrisa y yo me sentía el peor católico del mundo y creía que su sonrisa era una

burla hacia mi religión de pen-dejos. «Pinchi pendejo», estaba pensando, seguramente. Luego me acordé de que hacía muchos años que ya no era católico, pero aun así me encontré maldiciendo en mi cabeza al budismo mahayana.

Las publicaciones importantes en Tucson, las tres televisoras locales competidoras y algún otro órgano privado, los enviados de revistas y periódicos escolares y el ubicuo agente de la Prensa Asociada hacían un modesto tumulto alrededor del dalái lama, pero mi extravagante andar y mi aspecto deshilvanado me lograron un espacio entre la

turba de periodistas. Cuando me veían con desdén, sostenía mi pase de prensa plastificado frente a mí, como la placa de un policía. Fue fácil solo elevar la voz impertinentemente para que todos, intimidados, abrieran el paso.

El dalái lama juntó sus manos y me miró. Yo me quedé viéndolo. El hombre santo me leyó los adentros del cráneo y me leyó las drogas como si mis venas fueran un libro para niños. Él me preguntó si la Verdad era tan importante como mi verdad y yo recuerdo haberle preguntado que cómo estaba. Él me contestó que bien, y fue todo. ❁

Rodear la Tierra (y andar por ella)
CRÓNICA X.— «EL OKAPI: CRIPTOZOOLOGÍA
PARA PRINCIPIANTES».

(TUCSON, ARIZONA, 2008)

Mi abogado nunca ha aceptado la noción [...] de que uno puede ponerse más loco sin drogas que con ellas. Y de hecho yo tampoco.

—Hunter S. Thompson



Debo aclarar que después de toda una vida de abstinencia decidí estirar mi sobriedad hasta el punto del estropicio solo porque quería ir al zoológico de Tucson a ver al okapi y escribir sobre ello con los sentidos hechos mierda a causa de todas las drogas y sustancias que pudiera conseguir y meterme en el cuerpo. Esta también es una crónica de cómo un virgen de las drogas puede conseguir la ocasión de ponerse bien idiota sin mucha dificultad en Estados Unidos.

Para el camino me llevé dos oxicodones que me bajé con el vino tinto que oculté al verterlo en una lata de Coca-Cola

Light. Les recomiendo esta tretita sucia para ocultar que están bebiendo en la vía pública. Nadie los molestará por traer una lata de Coca Light.

Los oxicodones, por cierto, son analgésicos opioides



«QUERÍA IR AL ZOOLOGICO DE TUCSON
A VER EL OKAPI».

muy poderosos que equivalen a aspirinas de morfina y que se pueden conseguir si tiene uno un *roommate* que los toma con receta médica porque se rompió una pierna hace dos semanas.

Tomé tres autobuses para llegar. Cuando puse los pies en el pavimento ya tenía los labios color borgoña y las pastillas me hacían sentir una paz cálida y pendeja. Sentí que mi cara era una máscara de cera sodomizada por los minúsculos penes de los rayos del sol. Vaya frase. La encontré escrita en la libreta de notas que llevé a esta aventura. Estaba en el zoológico el viernes a las siete de la mañana para ver al okapi. Quería averiguar todo lo posible sobre los animales del misterio, los que parecen imposibles. Si yo les dijera que existe un animal que pone huevos y es mamífero, amamanta a sus crías, tiene pico y dos patas de pato y dos garras de tuza, una cola igual a la de un castor, ojos de topo y un maldito cabrón agujiñón venenoso en los talones... ¿me creerían? Se llama ornitorrinco. Ah, también tiene una bolsa

en el vientre, como los pinchis canguros. El zoológico de Tucson, tristemente, no tiene ornitorrinco, pero sí tiene un okapi. Y para eso visité el lugar tan temprano en la mañana, y con más drogas en mi cuerpo que sueños rotos en el corazón. Para ver al okapi. El parque abriría hasta las once de la mañana. Saqué la libreta y escribí esto:

«Cuando los europeos profanaron con su planta nuestros suelos encontraron un extraño enemigo: tapires, quetzales, manatíes, monos arañas, gallos arborícolas, jaguares, ajolotes, pavos salvajes, arañas descomunales... Por siglos las descripciones europeas de los animales de las Indias Occidentales eran poco menos que cuentos de hadas o de terror. Hoy en día los animales raros aún rondan algunos parajes y se necesita quién los estudie. La cripto-zoología (literalmente “estudio de los animales ocultos”) ha tomado nuevos aires después de su remota creación a finales del siglo XIX. Esta es una pseudociencia que se ocupa de investigar los animales aparentemente

míticos o imaginados, la elusiva fauna que existe tal vez solo en la cabeza de algunos, la herméctica animalia que se forma de nuestros miedos o incluso las criaturas que se consideran extintas, pero que se han visto esporádicamente rondando el mundo de los vivos».

Cuando entré, traté de conseguir una entrevista inmediata con el curador del zoológico, pero los zoológicos no tienen curadores. En mi delirio mocochoango, creía a veces estar en una galería de arte en la que las obras de arte tenían huesos y plumaje, pelaje, hocicos y garras. Uno de los encargados me preguntó si me sentía bien y otro, al mismo tiempo, me dijo que no podía fumar dentro del zoológico. Les dije que gracias a la criptozooología se han descubierto animales como el celacanto, un pez ciego que se creía extinto desde la desaparición de los dinosaurios, redescubierto en los años treinta. Les dije que la criptozooología era el padre y la madre de ellos y que le debían respeto. No me entendieron y creo que yo estaba llorando.

Llegué al okapi y desde la distancia me sentí arrebatado por su belleza. Si usted, amable lector de la burguesía pujante, tiene una computadora con Internet a su alcance, procese el término «okapi» en un motor de búsqueda de imágenes. Verá una especie de mezcla entre una jirafa, una cebra, un tapir y un pokémon.

Pero no es una mezcla, sino una especie real, tan real como el sofá en que está usted sentado, tan real como el oxígeno que nos roba la vida, destruyendo los nucléolos de nuestras células en un proceso de intercambio de nutrientes y energía al cual llamo muerte.

Tenía un plan. Por algo fui tan temprano: miré a los lados y me brinqué la barrera de contención; tranquilo me sacudí el polvo y caminé hacia el amable cuadrúpedo. Como si fuera un venado (no lo es), el okapi levantó el cuello y aguzó las orejas y huyó de mí. Me quité mi reloj y lo dejé caer al pilón de pasto seco del cual comían los okapis y seguí a esos hermosos engendros de Satanás.

La criptozoología estudia sandeces como el Chupacabras, Pie Grande y el monstruo del Lago Ness, pero también ha ayudado a recordarnos cómo los monstruos tienen siempre un referente. Y este referente no debe ser despreciado por los científicos zombis que no tienen imaginación ni perspectiva.

El Kraken existe: se llama calamar gigante. El Oso-Dios de China sí existe, se llama oso de Bergman y era un animal de pelaje dorado y garras rojas que mató chinos desde la prehistoria hasta los inicios del siglo xx, cuando se extinguió. Los científicos miopes del ultrarracionalismo empírico tampoco creían que el ornitorrinco era real. Bueno, debo confesar que yo todavía creo a veces que es una broma de Dios.

Me arrodillé y extendí la mano; me quedé así por muchos minutos, parecían horas. Logré que el okapi me oliera la mano y le dije: «Okapi, si tú



«ENCENDÍ UN CIGARRILLO Y SEGUÍ
CAMINANDO SIN MIRAR ATRÁS».

existes, si tú y el ornitorrinco existen, es porque Dios no. Por eso te amo, especie de jirafa trunca, especie de monstruo de ternura. Quise conocerte mariguano e intoxicado con opio y alcohol porque me niego a recordarte mañana que despierte en una celda o en mi cuarto, como algo realmente real. Quiero recordarte como se recuerda a un unicornio o a una Virgen María aparecida en una colina de Italia. Ojalá todos los días me pase algo estrambótico y peculiar como tú. Rezo porque los días normales se hayan acabado para mí para siempre. Gracias, okapi». Un guardia del zoológico me gritó

escandalizado. Le expliqué que entré a buscar mi reloj, pues se me había caído y un okapi se lo llevó hacia el cubo de pasto. Los guardias se dieron cuenta de mi estado y me sacaron de ahí muy molestos. Me llevaron a un lugar de contención, y dijeron que llamarían a la policía. Cuando salieron del cuarto, tomé una gorra de visera de mi mochila y me la puse. Me quité el suéter y lo dejé debajo del escritorio. Después simplemente abrí la puerta y salí caminando de ahí. Encendí un cigarrillo y seguí sin mirar atrás. Así crucé la entrada del zoológico y tomé el primer autobús a casa. ♣

Rodear la Tierra (y andar por ella)
CRÓNICA XI.— «VISLUMBRE EN LA INDIA».
(CALCUTA, 2007)

*El lugar de que el alma se retira
es el que el hueco de la muerte adquiere.*

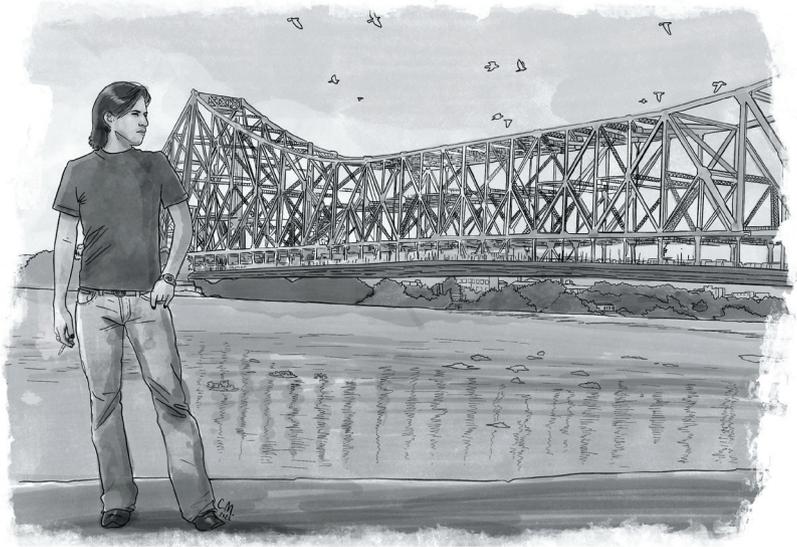
—Jorge Cuesta



vine a Calcuta porque quiero ganar el Premio Nobel de Literatura. ¿Les parece absurda esta noción? No lo es: en esos años un venerable y avejentado maestro me hizo notar que todos los ganadores latinoamericanos del Premio Nobel de Literatura pasaron, invariablemente, algún tiempo en la India, la vieja Bharat, la cuna de todo: Gabriela Mistral conoció allí a Tagore en 1916; Neruda visitó la India tres veces desde 1927; Miguel Ángel Asturias en 1957; Octavio Paz fue embajador en este país de 1962 a 1968 y Gabriel García Márquez fue por primera vez en 1983.

Los relatos de viaje suelen ser descripciones achabacana-

das de la gran experiencia de ver algo nuevo. A mí no me pasó así. Lo que vi en la India fue un puñado de ecos de mi infancia pobre en las provincias de polvo del norte de México. Calcuta la sentí como un pueblito empobrecido de Sinaloa la mitad del tiempo. Olía igual, había los mismos mosquitos y la misma comida, solo que con más especias de más colores. Las moscas, las ranas y las ratas sí eran más, pero qué se podría esperar de los valles más fértiles del mundo. Siempre me ha llamado la atención que los perros de India son iguales a los perros de México. La primera mitad de mi viaje la pasé en la parte turística de Calcuta, alrededor de la Vía Roja, que ahora se llama Indira Gandhi



«LA INDIA FUE UN PUÑADO DE ECOS DE MI INFANCIA POBRE
EN LAS PROVINCIAS DE POLVO...».

Sarani. Nunca he visto otra ciudad tan viva y terrorífica. Mi presupuesto me permitía pasar un par de días allí antes de tener que volver a Arizona, y mi apariencia me hizo pasar por uno de ellos a veces. Pero esto no era tan bueno como suena, ya que me costó la deferencia racialmente humillante que las personas cafés tenemos para los turistas de tece más claras. La mayoría se sorprendía por mi acento extraño, diferente al inglés británico que se espera-

ba de alguien con mi aspecto, tan parecido al de ellos. Tardé la mitad de un día en cambiar mi dinero por rupias, de esas que colecta Link en los juegos de Zelda. Después de visitar templos y tomar un millón de fotos, volví a mi desgarrado hostel desde el cual se escuchaba el rumor del río Hugli.

Comí la increíblemente deliciosa comida de los puestos; hablé solo con una chica india muy occidentalizada que visitaba desde Krishnanagar y a

quien le llamó la atención que tuviera las uñas pintadas de negro. Le dije que era latino y que fumaba muchos cigarrillos mientras escribía poesía muy triste sobre un universo cruel. Esa noche me fui con ella a su hotel y la convertí en un kebab erótico entre el callejón sin salida que está entre las sábanas y mi regazo en llamas. Disculpen la analogía con un kebab (una comida arábiga, no índica), pero no conozco otra comida en la India que se atravesase con una vara de palmo a palmo como un kebab. No es por ser un bocón, pero sí que faltamos duramente el respeto a la sección 377 del código penal británico, si saben a lo que me refiero.

Al día siguiente me obstiné como todos los turistas (idiotas) a «conocer la verdadera India». Tomé el tren al este en la estación de Dakshineswar y, como pude, visité la zona rural más cercana, Barasat, a diecisiete kilómetros de mi hotelito. En la estación Hridaypur, abundante en puestos de comida, me recibieron los hedores de una lluvia caliente y la visión

de una mujer pidiendo limosna entre los vendedores de fruta y la multitud que bajaba y subía a los vagones. La mujer estiró su mano hacia mí y al no recibir sino una mirada de desconcierto, dejó salir del refugio de su sari una cascada de improperios en inglés, y vi cómo salió, como un sol, entre el velo que le cubría la cabeza, una cara severa de bronce y de odio.

Para escapar de la furia de esta persona inexplicable, me fui por detrás de las vías del tren hacia un jardincito en la entrada del pueblo. Me detuve bajo un árbol a beber agua y fumar un cigarrillo. No fue sino hasta después de encender el segundo cigarrillo que vi a mi lado un triste y abandonado pedazo humano. Recuperado del susto del principio, volví a verlo, ahora con más compasión que asco.

A las y los *hijra* se les considera en la India un tercer sexo. En México tenemos algo similar en las personas *muxes*, pero no son exactamente lo mismo; un *hijra* es, lo más probable, un hombre homosexual forzado a adoptar una

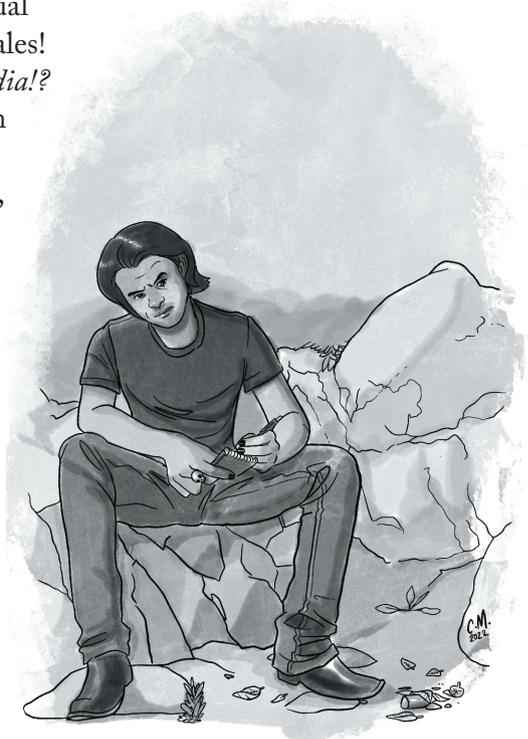
vida como travesti o como transexual, aun cuando no haya sido su propósito; esto sucede porque, paradójicamente, a las personas *hijra* se les considera legalmente un «tercer género» (incluso en pasaportes y documentos oficiales), ¡pero al mismo tiempo, la homosexualidad y cualquier expresión no heterosexual son absolutamente ilegales!

What the actual fuck, India!?

Las personas *hijra* viven en casas comunitarias a cargo de un gurú quien, casi siempre, fuerza a quienes recién llegan a conseguir dinero en el sexoservicio y, en un rito antiquísimo que dura cerca de cuarenta días, se les somete a castración.

Yo quería ir a la India a ver la comunión de lo religioso con la naturaleza, los haces de luz cristalina que purifican la miseria; quería ver el fuego místico en los ojos de los jainistas y quería ver al pueblo de Buda en un esplen-

dor melodramático y artificial que solo existía en mi cabeza. Sin embargo, lo que me pasó fue para bien: el dharma indio nos favorece a los escritores latinos. Se me presentó la magia de lo convencional y de lo completamente absurdo y macabro. Las moscas y los crepúsculos son iguales en todas



«CON MIS PALABRAS CÍNICAS Y
DESCABEZADAS EJERCERÉ LA MAGIA DE LA
LITERATURA, PENSÉ».

partes. Y pensé: «Después escribiré sobre esto y, con las palabras adecuadas, lograré un efecto especial y epifánico en mis lectores». Soltarán el libro y dirán: «Carlos Mal tiene razón. Lo que pensaba sobre la India es un engaño para burgueses ingenuos, para turistas lamentables, para exotistas sin autoestima».

Con mis palabras cínicas y descabezadas ejerceré la magia de la literatura, pensé. La economía inversa de las letras es así y es esta: parecería que esta es una diatriba contra las ilusiones del mundo, cuando en verdad escribí todo esto solo para decir que encontré un pene tirado en un camino de Calcuta. ❧

Rodear la Tierra (y andar por ella)
CRÓNICA XII.— «YO SOY EL BAILE DEL DIABLO».
(PARÍS, 2013)

*Je n'ai besoin que de tendresse,
je n'ai besoin que d'amitié...*

—Claire Dixon

Cham (baile del diablo): ritual del budismo tibetano en el que los danzantes purgan, limpian y combaten el mal y atraen la buena fortuna.



causa de eventos salvajes e insólitos de los últimos meses (principalmente mi inminente mudanza de vuelta a México) me vi, de nuevo, en la necesidad de buscar a gente espiritual que me dijera cómo calmar las voces que gritan en el silencio horrendo de mi cráneo cosas como «¡Todo el legado humano va a ser consumido por el sol! ¡Nada de lo que haces puede trascender! ¡Tal es la naturaleza de este cosmos cruel y del accidente que es la vida humana!». Ustedes saben. Lo normal.

La primera vez fue en 2007: después de haber abandonado mi hogar natal y haberme sometido a un estúpido autoexperimento sobre cesación del lenguaje y sociopatía, me vi en la necesidad de buscar a un sacerdote católico para decirle que, aunque dudaba de la existencia de Dios, confiaba en una mente exenta de vana sofisticación para darme consejos sobre cómo no volverme loco.

Seis años después, en los días en que mi aventura europea había colapsado bajo el peso de la economía y del infortunio, en esa primavera de 2013, en medio de la selva de mi vida, quise

recurrir a un monje budista para este mismo propósito. Esta vez las voces no son tan tenebrosas ni tan fuertes, pero vi en mi necesidad de ayuda también el brillo esperanzador de la posibilidad de escribir una interesante crónica.

Desperté esa mañana en París, en el barrio 13, mi hogar desde 2009. Bajé y me tomé un expreso en La Royale y me fumé un Gauloise antes de que llegara el tranvía. Llegué a la Porte Dorée muy temprano, pues me imagino que los monjes son más bien diurnos, como los viejitos o la gente que trabaja. En esta parte desconocida de París crece violentamente un bosque, el de Vincennes, el mismo que una vez exploré en busca del abandonado y misterioso Jardín de Agronomía Tropical.

Pero esta vez llegué a él por la otra orilla, la orilla de los paseantes, de los turistas y del budismo.

Era la primera mañana cálida de Francia después de un invierno que se había estirado para maltratarnos hasta bien entrado el mes de mayo. Se

andaba muy bien en el bosque y por unos momentos olvidé el motivo de mi visita. Cuando lo recordé, pensé que eso es lo que habrían querido los monjes.

Ya sumido en un más o menos artificial sopor zen, decidí observar la naturaleza y salir del drama del ego, cosa que asimismo me pareció búdica porque soy muy menso y no sé nada de budismo. Saqué mi cámara para arruinar con píxeles la pureza de la contemplación. «Esto lo voy a publicar en Facebook», dije, enajenado y estúpido, un absoluto anti-Siddhartha.

Tomé una foto. Al ver esta imagen en la pantalla diminuta de mi cámara pensé en un haikú, traté de memorizarlo; pero ya me conozco, y a mi memoria: busqué con premura a alguien que me pudiera regalar un trozo de papel en el cual escribirlo. Cuando un trío de jovencitas de cuyas bocas rosadas se escapaba el francés más adorable del cosmos satisfizo esta necesidad, al fin garabateé el haikú, que ya se le deslizaba a los dedos grasientos de mi memoria:



«UN CUERVO EN PARÍS / EN ENTORNOS BÚDICOS / NO SABE QUE ES COOL».

*Un cuervo en París
en entornos búdicos
no sabe que es cool.*

Después me descamisé y me acosté en el pasto. Lo hice porque los pálidos franceses hacen esto cada vez que sale el sol en estos meses más bien oscuros; lo hacen para tener vislumbres del color que yo tengo naturalmente: el matiz cromático de la arena húmeda. Mis cuadrangulares músculos abdominales brillaron como el bronce pulido de una estatua.

Un sujeto se perdió, como todos nos perdemos, en la isla en medio el lago Daumesnil. Me hizo, compungido, la involuntariamente filosófico-poética pregunta de que cómo se cruzaba al otro lado del lago. En mi francés con baches mexicanos le respondí algo que me pareció extrañamente profundo:

«Busque el templo de Buda. Allí hay un puente».

Lo cual constituye una verdad pragmática, pero también metafísica y poética. Cuando



«MIS CUADRANGULARES MÚSCULOS ABDOMINALES BRILLARON
COMO EL BRONCE PULIDO DE UNA ESTATUA».

llegó el mediodía, ya con la camisa puesta, me paré frente al templo de la Porte Dorée. Había un timbre electrónico con videocámara y una hoja que anunciaba los horarios de atención del templo. Me pareció amargamente burocrático y aburrido que los monjes del espíritu tuvieran horarios como los asalariados esclavizados del cubículo occidental. Pero así es el mundo. Toqué el timbre.

«Vuelva el sábado, hoy no hay consultas».

Sentí que había ido al dentista o a ver a un abogado.

Por muchos sábados quise volver al templo y por fin pedirle a un monje que me enseñara a meditar como lo hacía el buen Gautama. O al menos volver al bosque y comulgar con los cuervos y los pavorrealles apertrechados en los encinos. O a dejar que el sol me lamiera como si fuera yo un cachorro sobre el pasto.

Pero nunca fui. Hoy escribo esto desde México, en el desierto, más lejos de Buda que nunca.

Es que no necesitaba a Buda. Necesitaba (y necesito) ternura, amabilidad y que alguien pensara en mí con pasión o con deseo.

Porque si hay algo que hacemos siempre es buscar a quienes nos rechazan e ignoran, al mismo tiempo, a quienes siempre estuvieron a nuestro lado, a quienes nos aman o nos desean sin pedirnos nada a cambio, tal vez nuestros padres, tal vez nuestros buenos amigos, nuestros esposos, nuestros amantes, nuestros hermanos...

O, escuchen esto; tal vez alguien más... alguien que nos

ama y que se ha arruinado por nosotros.

No hay tronos celestiales para él, ni cantos ni templos de piedra.

Solo es feliz si nosotros podemos ver, por fin, más allá del velo de ignorancia que nos fue ceñido en la alborada de los tiempos.

El Cocodrilo Hundido.

El Amo de la Ciencia.

El Rey de la Naturaleza.

Satanás. Siempre fuiste tú, Satanás.

Nena, no peleemos de nuevo.♣

Rodear la Tierra (y andar por ella)
CRÓNICA XIII.— «GALERÍA INVEROSÍMIL».
(HERMOSILLO, 2015)

I like the elitism of the art world.

I think art for the people is a terrible idea.

—John Waters



Cuando volví a México, cuando volví a Hermosillo, ya no escribía ni para *El Imparcial* ni para ningún periódico. De hecho, el suplemento cultural «Perfiles», hogar de mis crónicas y de mis blasfemias, había dejado de existir hacía ya más de siete años. Ya no podía escribir tonterías con el pretexto de que «mi editor» —quien probablemente nunca existió— me las había solicitado con urgencia.

Así que un día de ocio busqué el medio de comunicación más accesible y me comuniqué vía mensajero instantáneo con su editor en jefe. Se trataba de un sitio web de periodismo ciudadano. Le dije al compa: «Buenas tardes, *hones*, hay una

exhibición de arte bien pomposa en el Museo Musas esta noche, ¿quieres que la cubra?».

«¿Quién eres?».

«Soy Carlos *Fucking* Mal».

«...».

«Lo voy a hacer gratis», agregué.

«Ya estás, peinado para atrás», concluyó mi nuevo editor.

Cuando llegué al museo sentí que me encontraba en una de las fiestas que Bruce Wayne hace para distraernos de que en realidad es Batman, y que en cualquier momento algo explotaría y el Guasón saldría a hacer chistes malos y a secuestrar invitados.

La gobernadora y el alcalde balbuceaban tonterías de que el arte debe ser para todos y que el amplio público debería

perderle el miedo a las artes, y enfatizaban lo genial que sería que la gente común y corriente viniera a los museos. Curiosamente, los amantes del arte y de la cultura reunidos esa noche en el Museo de Arte de Sonora no eran cajeros del Oxxo o usuarios del transporte público: eran la crema y nata de la sociedad hermosillense, señoras con monóculo, inversionistas vaqueros, viejos ricos con mancuernillas del PRI y jóvenes con cara de supermodelos y todavía con el hedor del verano esquiendo en Aspen.

Se trataba de la inauguración de «Eres tú», exhibición del artista que se llama Yuri Zataráin. Yo no tenía puta idea (¿se puede decir «puta» en esta publicación?) de que él existía o de que la exhibición sería ese día. Pero como ya había prometido esta crónica gratis, me vine así como pude, con el carro fallando en su corazón de herrumbre y una llanta severamente bamboleante, porque yo sí soy del semiproletariado, y créanme que sobre este punto de desbalance de clases voy a

hablar un chingo durante este desdichado texto.

Me hice espacio entre los trajes costosos y los abrigos de armiño, entre las perlas y los bolsos y las mesas con vino blanco a medio agotarse. Tomé bruscamente una copa y la vacié en mi cogote sediento para después colocar de nuevo el vidrio en otra mesa sin dejar de caminar. Sobre uno de los manteles blancos había una caja de Marlboro casi llena: la tomé, miré a ambos lados, como buscando al propietario y, al no recibir gritos indignados, me puse la cajetilla en el bolsillo interior del saco. Fui a otra mesa, vi otra cajetilla, la hice bailotear para percibir los dedos de Satanás en el interior, y me agencié de esta segunda carga de cigarros malhabidos. «Solo cosas buenas me han pasado por robar cigarros», pensé, y seguí adelante, hacia la entrada, donde el alcalde socializaba con el artista y trataba de convencerse a sí mismo de que en verdad entendía lo que es el arte.

Me aseguré de caminar hacia ellos con el cigarro encendido y



«EL ALCALDE ME MIRÓ COMO SI YO FUERA UNA APARICIÓN...».

mucho humo en los contornos de mi torva faz. El alcalde, que casi se llamaba Marlboro, como los cigarros que me estaba fumando en su cara de menso, me miró como si yo fuera una aparición de sus pesadillas corruptas y echó una mirada nerviosa a sus alrededores. Me saqué el cigarro de la boca y lo lancé con dos dedos hacia un montón de piedras. Entré en el museo seguido por el hedor del

tabaco inmolado en las piras del cáncer.

Como mencioné al inicio de esta valiente crónica, el Museo de Arte de Sonora se llama «Musas», y es un museo que fue metido con calzador en el imaginario de la región, pues para su construcción se destruyó una hermosa zona de vegetación y esparcimiento familiar. Pero ya nadie se acuerda, y la indignación que causó se dilu-

yó en el sabor de muchas otras indignaciones populares. Pero yo recuerdo el bosquecillo. Recuerdo su frescura y su verdor. Yo soy su venganza.

Entré al recinto que construyeron la tala y los egos de la clase política, cuyos esbirros perfumados se reunían esta noche a disfrutar de la estética ensimismada del artista burgués... ¡Pero qué buen arte burgués, negros!

Efectivamente, la obra de Yuri Zataráin es sorprendente para un sinaloense, especialmente porque Sinaloa es hoy en día más bien una especie de escenario para una película de zombis. Quién diría que un artista salido de allí podría alcanzar cimas de sofisticación que borrarán el estigma de su natalicio narcotropical. Bien por él. Bien por el arte.

Pero Yuri Zataráin no pone acento en su apellido. Los organizadores zopencos de su exhibición tampoco ponen acentos en los textos que imprimieron en tamaños enormes para poner en

dos de las paredes del museo. Me detuve más tiempo del que era necesario para contemplar con furia el enjambre de errores de ortografía que hormigueaban en los textos introductorios que los elegantes y cultos museógrafos y coordinadores



«UN PAR DE SEMIDIOSES JÓVENES
Y PERFECTOS SE ACERCÓ A MÍ...».

artísticos (o el mismo Zataráin, quien, como dije, escribe sin acento su propio maldito nombre) habían elegido para abrir y acompañar a la obra plástica.

Debo aceptar que, aunque la ortografía me dejó amargo e iracundo, el arte me sorprendió agradablemente. Yuri Zataráin es un dotado, un espíritu libre flotando en las aguas de la normalidad. Maldita sea, sí que es buen arte, *bro*. Si tienen tiempo, búsqüenlo en línea. Las otras muestras de su obra pictórica y escultórica son delectables, íntegras, llenas de una fuerza y una presencia de una estética decidida y aventurera. No detecto miedo o dudas en su pincel, no parece haber el titubeo de quien prefiere la improvisación a la técnica ni la confianza infundada de quien sostiene la resaca del prodigio. Zataráin ejerce la libertad desde un sitio de precisión y habilidad pictórica... ¿qué demonios estoy diciendo? Este párrafo suena a cualquier párrafo de cualquier reseña de cualquier galería. Creo que es mejor que les cuente sobre los asesinos seriales.

¿Qué? Mientras observaba una de las obras titánicas de Zataráin, un par de semidioses jóvenes y perfectos se acercó a mí. Me preguntaron a quemarropa: «Disculpe, ¿usted sabe de arte?». Y comencé a gestualizar y a derramar mi sabiduría de profesor de arte de secundaria sobre sus verdes cabezuelas. Ambos me miraban con los ojos brillantes, pero yo adivinaba que no les sorprendía mi conocimiento sobre los intestinos abiertos y brillantes del arte, sino que les divertía mi pasión injustificada por la intrincada teoría y mi uso enloquecido de la jerga del crítico y del profesor. Se veía que estaban divertidos, que en sus vidas de lujo y ocio remunerado no encontraban muchas interacciones como la que nos ocupaba en ese momento. Ambos eran, seguramente, un par de *yuppies* asesinos en serie, aburridos *in extremo* por una vida que los colmaba de satisfacción. Era necesario para sus umbrales de diversión, encontrar a alguien que les pareciera interesante para después azuzarlo, retirarlo y, últimamente, dejarlo ente-

rado en el lujoso patio trasero, abundante en huesas decoloradas y marchitas.

Todo eso pensaba mientras les explicaba por qué el arte es único y por qué una pincelada en un cuadro pinta una historia multidimensional.

Recomiendo al público general, a los vendedores de dulces en los cruceros, a los que esperan consulta en el IMSS por tres horas, a los que evaden las llamadas de Coppel, que

vengan a ver esta exhibición, ya que la gobernadora y el alcalde, según ellos, quieren que ustedes vengan a ver esta muestra de alto arte de nivel internacional. Pero qué bueno que no vinieron la noche de la inauguración; habría sido un poco incómodo que no hubieran bastado los canapés, el queso francés y el vino caro. Zataráin, si lees esto, tu apellido va con acento, wey. No seas así. Hazme caso: soy doctor.

Rodear la Tierra (y andar por ella)
CRÓNICA XIV.— «NARCOÍRIS DOBLE».

(HERMOSILLO / MAGDALENA, 2009)

En lugar de una guerra contra la pobreza, hay una guerra contra las drogas, para que la policía me importune.

—Tupac Shakur



mi primo y yo íbamos a pasar de largo por Magdalena de Kino, Sonora, porque era muy tarde como para pasear por mi poblado favorito en todo el mundo, y estaba el detalle de que yo no estaba al volante: mi primo Jesus Pacheco (se pronuncia «Yises») manejaba su flamante Toyota Corolla blanco, y yo, a las dos de la mañana continuaba despierto pues él y yo tenemos un par de pactos entre caballeros. El que nos concierne ahora es el pacto de jamás de los jamases quedarnos dormidos cuando el otro está conduciendo. El otro pacto consiste en que, si envejecemos sin parejas sexuales,

uno de nosotros se implantará un seno (uno solo, no estamos dementes) y el otro, un glúteo de silicona y nos permitiremos —el uno al otro— acariciarnos esa parte erótica de nuestros mutantes cuerpos cuando nos parezca inaguantable la ausencia prolongada del sedoso tacto de las curvas femeninas.

Poco después de pasar la caseta de cobro, el estéreo del auto llenaba los incómodos silencios con algo sumamente turco y sumamente gay: «Şımarık», la canción de los besitos de Tarkan. Es fácil imaginar que no era el momento más elegante de nuestro viaje; éramos algo así como lo contrario a un motociclista tatuado escuchando a Slayer en las bocinas

tácitas de su mente: éramos dos profesores con la camisa fajada yendo a algún lugar donde haríamos cosas de profesores.

Hasta que nos emparejó la camioneta de los sicarios.

Desde la ebúrnea torre de su Ford Lobo alguien nos miró y nos sopesó. Yo solo vi su perfil ensombrecido por la noche, por la velocidad y las señales arcanas que le hizo al conductor.

En un segundo, la camioneta nos cerró el camino, como si de una puta película de acción se tratara. Así, justo como lo imaginan quienes me leen, con un violento coletazo, la Lobo blanca quedó perpendicular a nosotros. Alguien bajó los interminables escalones que lo llevaban de la cabina hasta el lejanísimo pavimento. Permanecimos en nuestro auto,



«NOSOTROS PERMANECIMOS EN NUESTRO AUTO,
INMÓVILES, SIN SABER QUÉ ESPERAR...».

inmóviles, sin saber qué esperar, pues después del fin de la infancia estuvimos años y años tratando de desaprender el alfabeto de la ficción hollywoodesca. No esperábamos que un cliché de las películas se desenrollara ante nosotros como la lengua de Satanás.

Pero así fue. El sujeto levantó su brazo y nos apuntó con una pistola.

Para quienes no estén entrenados en las arduas ciencias de la causalidad, les anuncio que, aunque estoy contando una historia sobre un narco que me apuntó con una pistola después

de cerrarme el paso a las dos de la mañana en la carretera, no estoy muerto. Mi primo, desgraciadamente, no corrió con la misma suerte. No, no es cierto, es broma, él también sigue vivo, ahora mismo debe estar dormido, reuniendo fuerzas para otro día de armar robots en la universidad o alguna porquería nerd por el estilo.

Las alocadas aventuras del par de profesores ñoños que te han cautivado desde que comenzaste a leer esta crónica continúan de esta manera:

El tipo con la pistola dudó por un segundo. Al parecer nos vio y no reconoció en nuestras caras de pendejos a los enemigos a quienes le habían ordenado matar. Bajó la pistola o no sé qué chingados, porque lo siguiente fue que el auto en que viajábamos iba en reversa. Así reaccionó mi primo, pisó el acelerador a fondo en reversa. Y como Dios es tan misericordioso en Su gloriosa inexistencia, los sicarios no nos



«EL SUJETO LEVANTÓ SU BRAZO
Y NOS APUNTÓ CON UNA PISTOLA».

siguieron. Nos refugiamos en las oficinas anexas a la caseta de cobro temblando como un par de arañas que acaban de escabullirse de su exoesqueleto, cristalinas e inermes.

No quería que esto fuera «la crónica de cuando nos iban a matar, pero siempre mejor no». Quería que fuera el testimonio de alguien que ha vivido en dos países lisiados por el narcotráfico: México y Estados Unidos. Sí, mi falsamente estimado lector, este es uno de esos textos con moraleja sobre la experiencia de un migrante, de un ser entre dos patrias, qué triste es no tener hogar y estar

como un cadáver con medio cuerpo en el arroyo y medio cuerpo en la ribera, cuánta conmisericordia necesita este *hyphenated man*.

No, no es cierto tampoco (debieron haber aprendido ya a no confiar en mí); lo que quiero es hacer una crónica del narcotráfico en mí, no en mi entorno. En mí, como persona educada, pero al mismo tiempo con piel café y cara de cholo; contar en unas pocas páginas cómo el narcotráfico cruza el cielo de mi persona como una especie de arcoíris doble, uno de terror y otro de pura identidad y sabor nacional.

Hoy soy un escritor desempleado, un desertor de doctorado que se presenta como «doctor» a donde va y que hace trabajos menores para poder comprar cigarros. Básicamente soy la cristalización del bohemio perfecto o el perdedor más patético imaginable. Algo en mi degradación inherente me lleva a pensar que puedo escribir algo sobre el narcotráfico, y por Dios y su ficticio séquito celestial, lo voy a hacer, porque hay dos cosas que sé hacer más

o menos bien: escribir y dar *cunnilingus*.

«Creo que ya es seguro irnos», dijo mi primo, «pero nos vamos a ir por la otra carretera». Habíamos pasado toda la madrugada en la comandancia de Magdalena. Vimos episodios momificados del Chespirito de los ochenta, de esos capítulos terribles cuando el Botija y el Chómpiras trabajaban en un hotel y la Chimoltrufia era la emperatriz de la televisión mexicana.

Así que siguen leyendo, ¿eh?

Amigos que leen esto en otros lares, lejos de mi tan querido México: yo soy algo así como un hípster del narcotráfico. Estaba asustado con las masacres del narco desde antes de que fuera *cool*. Ustedes conocen al Chapo y a la Barbie, mientras que yo conozco (no en persona, cabe aclarar) a narcos tan *underground* que ustedes ni siquiera han oído hablar de ellos.

Sí, «El Jefe de Jefes» es un narcocorrido muy bueno, pero se ha hecho demasiado comercial; los Tigres del Norte y los Tucanes de Tijuana ya no son

genuinos como antes: antes grababan para firmas independientes, hoy son unos *sellouts* que comparten compañía discográfica con Thalía y RBD. Leo mis noticias sobre ejecuciones y ajustes de cuentas de manera irónica. La fuga del Chapo al estilo conde de Montecristo está bien, pero la fuga del Rojo fue más *indie*, e implicó amarrarle granadas vivas a quien lo escoltaba a la cárcel.

Hace unos meses volví de Estados Unidos para realizar unos trámites que me harán despedirme de este desmadre de país e irme a Francia, donde los criminales más rudos tienen pesadillas en donde figuran los narcos de México. Llevaba unos días en mi ciudad natal cuando un amigo de la Universidad de Arizona me pidió de favor que guiara a un visitante turco en su breve paso por Hermosillo. «Tú eres turco también, ¿no? Van a tener mucho de qué hablar». No corregí su error porque recordé que, solo por chingar, le había mentido a todo mundo en Arizona sobre mi país de origen; le dije que sí, que guiaría a su «amigo»

(novio, más bien, diría yo) por los bajos mundos de una verdadera ciudad del crimen.

Aziz y yo nos encontramos en la central de autobuses de Hermosillo, poderosamente olorosa a orina, y no bien acabábamos de intercambiar nuestros *nasalsin* me preguntó si la ciudad era segura. Le dije que sí. Pocos segundos después me comentó lo que sabía sobre la violencia en la frontera. Y sobre las ejecuciones arbitrarias en Ciudad Juárez. Y sobre los decapitados que colgaban de puentes peatonales. Y sobre toda la fabulosa, churrigueresca violencia que parecía vomitada colectivamente por el engendro mutante de Hieronymus Bosch y Tony Millionaire.

Él continuó hablando del tema, el cual parecía fascinarle más que mis ñoños avances hacia el tema de la literatura. Así que decidí llevar a Aziz al único lugar sórdido que conozco: el edificio de la Procuraduría General de Justicia de Sonora.

Me sentía un poco perplejo por el pobre pendejo (¡litteración con la letra pe, *bitches!*) que llevaba en el asiento del

copiloto. ¿Jamás había visto en las calles de Ankara señales de la violencia? Recuerdo el Ankara de mi niñez como un paraíso de libertad, un lugar en el que el islam y las copas de vino se combinaban de manera mágica, oximorónica. Pero Aziz era más joven y, decididamente, debía venir de una familia acomodada, pues se permitía el lujo de hacer narcoturismo en México. Yo anduve por Mumak y por las colinas de Çamlıca, no en la citadela y los suburbios elegantes, pues soy un bohemio *hardcore*, no un burguesito que quiere ser *sun-nah* y *cool* al mismo tiempo... Pero divago, podrán leer más sobre mi crítica de la juventud turca en mis textos futuros.

«Aziz, ven aquí», le dije. Llegamos al centro de los menhires cubiertos de plástico que están en la entrada de la Procuraduría. El piso es de algo que parece mármol, y allí, a nuestros pies, había una abolladura que parecía haber sido hecha a martillazos. Después, sin decir nada le indiqué que me siguiera a unos de los pilares. En el plástico y los ladrillos

había huecos. Era necesario buscarlos para darse cuenta de que allí estaban, pero una vez que uno los veía no eran unos cuantos, sino muchos los que saltaban a la vista: estaban por todos lados.

«Así es como funciona una granada, Aziz. Las granadas no explotan en nubes de gasolina ígnea como se ve en las películas. Las granadas tienen pedazos de metal adentro, y esos son los que matan gente. Una granada es como una bomba de balazos. Estamos de pie en el sitio exacto donde hace unos meses un grupo de narcos arrojó una granada». Aziz me miraba con la incredulidad asombrada del que piensa «Wey, eres un cabrón *badass*, continúa, por favor» y así fue; continué: «Es decir, déjame te lo pongo así, mi buen Aziz: unos sujetos vinieron al centro de operación de todo el puto sistema judicial del Estado y lanzaron chabacanamente una granada en la puerta del enemigo. Después tuvieron que ir a comprar carretillas para cargar cómodamente sus huevotos gigantes hechos de acero».

«Así que si toda esta mierda es como los rayos...», seguí, mientras me comía una cutícula, sin verlo a él, para parecer más chingón, «estamos en el sitio más seguro de toda la ciudad. Una granada no va a caer dos veces en el mismo lugar». Aziz palideció.

Yo también había palidecido tiempo atrás, cuando, en París, fumaba recargado en la fachada de un edificio y comencé a jugar mi dedo en un hueco en la pared. Alguien me dijo después que había estado jugueteando con el hueco de bala de un fusilamiento en tiempos de la ocupación nazi.

Los festejos del Bicentenario en México nos hacen recordar las glorias de un pasado épico ficticio, en el cual los héroes solo vivían durante los momentos del combate e hibernaban el resto de sus horas humanas. Normalmente los ínclitos próceres nacionales eran incapaces del mal y de la degradación. Pero esto de la revisión crítica de la historia está ya muy sobado por escritores que son —algunos— más o menos superiores a mí. Mi punto es que las

revoluciones de emancipación son vistas de manera positiva la mayor parte del tiempo. Es muy diferente decir: «La guerra de independencia de equis país» a decir «La violación de Nankín», aun cuando en ambos eventos hubo gran violencia y derramamiento de sanguaza. Los gringos ponen en lo alto de sus glorias la Revolución de 1777, en la cual participaron, al parecer, solo esclavistas hediondos con pelucas blancas y dientes de madera que hoy en día son venerados como los santos que le faltan a su nación protestante.

En Francia, por otro lado, la Revolución fue otra cosa: tuvo que ver con cortar cabezas. Muchas pinchis cabezas. Muchísimas jodidas cabezas. Parece que querían poner una tienda de cabezas podridas y hediondas. La Revolución Francesa es un movimiento absolutamente aterradorante: es lo más parecido que uno puede encontrar al apocalipsis zombi.

Imaginen: Lavoisier, el científico, escribe tranquilo en su casa. Una turba de revolucionarios mugrosos,

desdentados, con huecos en la ropa, destroza las ventanas y puertas (aquí hay que imaginar los brazos estirados de la turbamulta, deseosos por entrar y destrozar). Los muertos vivos se llevan a la familia entera. Al día siguiente la cabeza del hombre de ciencias rueda como una albóndiga empanizada de polvo. En días posteriores todo mundo estaba cortando la cabeza de todos. La reina. El rey. Danton. El mismo puto Robespierre, cortador de bucheros por excelencia, fue decapitado. No había más ley que la ley que decía: «¡Cortar cabezas es lo pinchi máximo, *putain!*».

Bueno. Los hijos de la Revolución, los franceses de hoy, los herederos de los decapitadores por excelencia, tiemblan y mojan sus pantalones ante las decapitaciones mexicanas. Y es que en poco tiempo el narco mexicano se convirtió en Jigsaw, el títere pendejo de la todavía más pendeja serie de películas *Saw*.



«LAVOISIER, EL CIENTÍFICO,
ESCRIBE TRANQUILO EN SU CASA...».

Y sí parece que los criminales de nuestro país se juntaron un día y decidieron hacer una competencia de quién hacía la chingadera más macabra: «¿Ah, sí?, ¿pusiste un decapitado en un puente, *Fallujah style?* Yo puse hieleras con cabezas humanas en un pinchi kínder,

puto; supera eso». Estos casos son reales, por cierto. Los franceses leen sobre este tipo de cosas, «amigo» lector; leen y tiemblan. Fuman sus cigarros, sorben su vino tinto y dicen: «*Ah, la vache!*». Somos oficialmente más terroríficos que la Revolución más espeluznante de la historia.

¡El narcotráfico es un problema que debe erradicarse! ¡Con armas de fuego! El problema es que no hay problema. Veamos: un problema comienza desde un punto cero. Digamos que tenemos un carro nuevo que un día se descompone. El problema es la descompostura, y «estar descompuesto» es radicalmente opuesto al estado normal del auto, el cual es «funcionar perfectamente». Ahora pensemos en otro automóvil. Este otro lo hice yo en mi tiempo libre usando hojalata y mucho optimismo. El auto está mal desde el inicio; que se descomponga no es un problema, es una ocurrencia adversa pero normal, pues la descompostura es una manifestación de la naturaleza errónea del auto. Sí, con esto digo que

no hay solución porque el país está mal desde el inicio.

Y es que, si nos vamos a buscar culpables, terminaremos en Hernán Cortés y aun en los corruptos tlatoanis del fabuloso (lo digo por falso, no por chingón) Tenochtitlán. México nunca ha sido perfecto. Gente buena ha muerto sin razón todo el tiempo. Lo creativo, lo inaudito, es que ahora la gente buena y mala muere de manera más creativa y barroca. Y casi toda esa gente está muriendo en el norte de México, en ciudades como Juárez, donde agarraron a Willie Lee, quien mató a un wey en Reno solo porque sí.

Es como la sensación de nunca terminar de limpiar algo del todo. Lo siento, pero a veces me acuesto en una esquina del baño con la regadera a todo poder mientras me froto con jabón y, aunque la vergüenza y la mugre sí se van, siempre hay un pelo en el jabón. Trato que quitarlo con la uña y otro cabello llega y lo releva como en un despliegue de patriotismo japonés en el cual las hojas del divino cerezo son cabellos

que se caen de mi cabeza o de mis axilas. Los hinduistas hacen una analogía diferente, pero similar, para medir la tortuosa lentitud de las vueltas de la rueda del karma. Cuando México muera ¿reencarnará en Canadá o en Honduras?

En verdad la razón por la cual el enemigo parece ser invisible es por el «Síndrome La Carta Robada™»: los narcos son invencibles e invisibles porque somos nosotros. Y no, no lo digo de manera metafórica en el sentido de «todos nosotros somos el problema porque lo soportamos y lo mantene-mos con nuestra corrupción y cobardía», no, no, no, no. Literalmente, nosotros somos los narcos, nuestros tíos o primos, nuestros padres, hermanos y amigos.

Los narcos no son una banda de solteros extranjeros que decidieron comenzar a decapitar gente a cambio de droga o como sea que eso funcione; son los compas que uno ve en la foto de grupo de la primaria, esos sobre quien uno se pregunta «¿Qué habrá sido de este pendejazo?». O el sobrino

medio cholo que se salió de la prepa «porque la escuela es para perdedores y jotonones». O un montón de etcéteras con cara de conocidos.

Mi punto —el que parece que pierdo más en cuanto más se acerca este texto a su anticlímático final— es que en tiempos del presidente De la Madrid el narcotráfico y la sociedad civil vivían un romance soñado. La mariguana seguía pasando a Estados Unidos y se sembraba en Sinaloa y en Tamaulipas, tal como ahora. Los carteles controlaban regiones específicas y *a veces* se mataban como ahora. El gobierno *a veces* metía las narices y la población como si nada. Era la década de los ochenta y estábamos muy preocupados con nuestras patillas seductoras y nuestros atuendos de mezclilla de cuerpo completo como para que nos importara un pito si la droga esto o aquello.

¿*Ubi sunt*, lectores de paco-tilla, dónde están los muros de la patria mía? No por decir que tiempos pasados fueron mejores; se me debe culpar de estar cegado por la falsa nostalgia (la

única forma de nostalgia que existe). Es que recuerdo que los narcos y el gobierno vivían en armonía, como los hermanos, como la familia que son.

Cuando las cosas comenzaron a ponerse demasiado rudas, allá en 2008, le pregunté a mi padre: «Viejo, ¿recuerdas el narcotráfico en los setenta? ¿Era igual que ahora?». Mi padre, un monolito de músculos magros y estoicismo *old school*, me dijo «No». Quise creer que simplemente no recordaba bien las cosas, o que como los medios estaban en pañales de tela, la gente no se enteraba, así que insistí: «Pero si las cosas no eran peores ¿cómo se explican protonarcocorridos como “Clave siete”, en el cual se cuenta la ejecución a sangre fría de hombres y mujeres? ¿O todos esos corridos sobre el semidivino matón Chito Cano?». Los ojos de mi padre (la única parte suave de su cuerpo de gólem) se deslizaron hacia mí. «Hoy está peor». Quise insistir, pero, lectores, aunque tengo cara de imbécil, no lo soy.

Me parecía increíble que el nivel de violencia y barbarie estuviera en lo más álgido en la historia de un país caracterizado por masacres empolvadas por el olvido y atropellos cotidianos. Y pensar que en esos mismos años yo estaba pensando en formar una familia justo en el país que es algo así como un Chernóbil, pero no de nubes radiactivas rellenas de muerte, sino de narcos decapitadores, secuestradores expeditos y asesinos que disuelven a sus víctimas en cacerolas de lejía.

Cuando era un mocoso escuchaba los narcocorridos y también cuentos insólitos del Ceja Güera, un narco que dopaba a los gringos para darle a los pobres. Siempre lo imaginé con una ceja rubia y una negra, o incluso con el pelo de dos colores, uno para cada mitad. Hasta el día de hoy no he visto una foto real de él y tampoco quiero hacerlo.

Pero era otro México. Un México en el cual los profesores fumaban en clase y las cervezas venían en latas de acero,



«LOS OJOS DE MI PADRE SE DESLIZARON HACIA MÍ».

no de aluminio. Un México donde los alcaldes, brillantes de grasa y embutidos en una guayabera sudada, se ponían lentes de Bruce Lee y saludaban a la gente en las inauguraciones de supermercados feos. Los narcos eran sinaloenses con huaraches y con un código bushido inquebrantable. Sí, de vez en cuando uno que otro civil se veía entre el enjambre rabioso del plomo, pero también, como siempre, hubo y hay gente muerta por el transporte urbano.

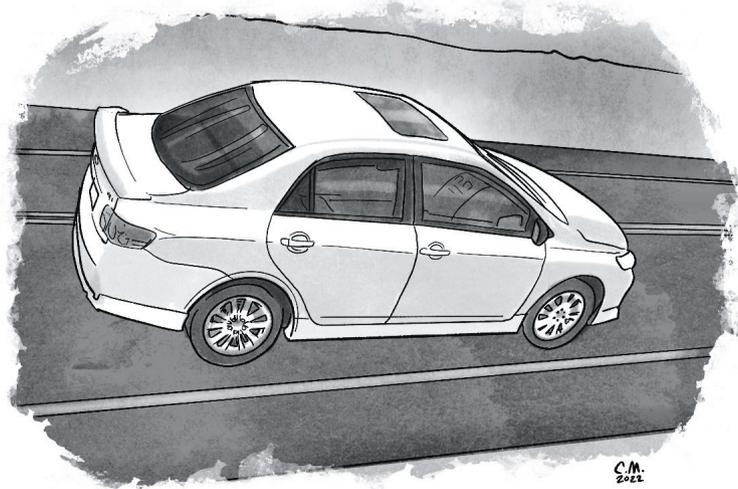
Ese México de bancos al que solo iban los ricos, de televisores con perilla y de reportes escolares con olor a mimeógrafo se fue para siempre. Pero lo que ha quedado es esa barbarie al estilo PRI, al estilo sindicato huevón, al estilo

López Portillo. Lo que nos ha quedado (y puede salvarnos) es la corrupción. ¡Sorpresa, *bitches!*

Si todos luchamos por volver a tener los niveles de corrupción del pasado podremos, tal vez, con mucho empeño y mucha buena vibra, lograr ese equilibrio parecido a muchas personas queriendo pasar por una puerta al mismo tiempo y que se quedan todas atoradas. Atoradas en el amor y en la comprensión. Atrapadas en la armonía y en la hermandad. Podríamos volver a esa prosperidad de... No, no es cierto, no se puede hacer nada ni volver el tiempo atrás. Estamos jodidos y cada año será peor. Es la naturaleza del tiempo y la naturaleza de Dios, quien es sumamente injusto.

Era de madrugada en Magdalena de Kino, Sonora. Horas atrás mi primo Jesus Pacheco y yo habíamos visto los ojos hoscos de la muerte, de una parca indecisa y probablemente ofuscada por la coca, que había apuntado su guadaña de sangre hacia nosotros por un segundo antes de titubear y olvidarse de nosotros. «Voy a dejar que el cigarro acabe contigo, autor de este libro; me da menos hueva que ir a buscarte hasta París, pinchi pendejo», debe haber dicho.

Íbamos en silencio. Me puse a imaginar que las líneas blancas intermitentes de la carretera eran puñales que entraban incesantemente en el carro, acuchillándolo de manera interminable, porque al parecer la violencia no dejaba mi cabeza. Vi las nubes, que comenzaban a inflamarse con el sol, que ahora se veía como una promesa de disipar los espectros de la noche. «Al menos si los narcos vuelven por nosotros los vamos a ver llegar y podremos entregar el equipo como se debe:

C.M.
2012

«ME PUSE A IMAGINAR QUE LAS LÍNEAS BLANCAS
INTERMITENTES DE LA CARRETERA ERAN PUÑALES...».

después de una persecución febril al estilo Hazzard», dijo mi primo, as del volante, barroco en su habla.

«Cual debe ser».

«Cual debe ser», repitió él, y, joviales, nos chocamos

nuestras ñoñas bebidas no alcohólicas mientras el Toyota se pintaba de un oro ígneo y se perdía en los límites en llamas del sol, que apareció entre dos montañas final-
 fucking-mente. ♡



«EL TOYOTA SE PINTABA DE UN ORO ÍGNEO Y SE PERDÍA
EN LOS LÍMITES EN LLAMAS DEL SOL...».



CONTENIDO

- CRÓNICA I.- «Crónica de una muerte anunciada», 15
- CRÓNICA II.- «Un día con Monsiváis», 21
- CRÓNICA III.- «Crónica de las Fiestas del Pitic 2008», 27
- CRÓNICA IV.- «*La trilogía de Nueva York*, de Paul Auster», 31
- CRÓNICA V.- «Diez cosas que no sabías de París», 39
- CRÓNICA VI.- «Una misa surreal en el desierto», 43
- CRÓNICA VII.- «Miedo y odio en Hollywood», 47
- CRÓNICA VIII.- «La Semana Santa yaqui es antisemita», 51
- CRÓNICA IX.- «Periodismo idiota: mi entrevista con el dalái lama», 57
- CRÓNICA X.- «El okapi: criptozoología para principiantes», 63
- CRÓNICA XI.- «Vislumbre en la India», 69
- CRÓNICA XII.- «Yo soy el baile del diablo», 75
- CRÓNICA XIII.- «Galería inverosímil», 81
- CRÓNICA XIV.- «Narcoírís doble», 87



Rodear la Tierra (y andar por ella)

fue impreso en los talleres de Integra

Arista 2086, colonia Villaseñor

Guadalajara, México

en agosto de 2022.

Una edición de

typotaller

Barra de Navidad 76

Guadalajara | México | 44110

typotaller@gmail.com

typotaller.com



[@typotaller](https://www.instagram.com/typotaller)

